

FBI

**EN
HONG-KONG
ES LA CITA**

FRANKLIN INGMAR



FBI



FR

FRANKLIN INGMAR

En Hong-Kong es la cita

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A. Amaro García, 17 Madrid-5. España
Título del original, en inglés: DATE IN HONG-KONG

© Franklin Ingmar
Derechos reservados por EDITORIAL ROLLAN, S. A. Amaro García,
17 Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 17.111-1967.

Printed in Spain

Rafael P. Carasa. Impresor. José Bleisa, 6. Madejo-19

CAPITULO I

SI al pequeño y arrugado Tsing Hu le hubieran preguntado por qué aguantaba con tal estoicismo su oscuro y desagradable empleo, él hubiera contestado sin vacilar que sus doce hijos y su esposa eran algo tan importante para él, que pensar en ellos no le dejaba tiempo de pensar en otra cosa.

El lugar era tan salvaje, tan solitario, que a otro cualquiera que no fuera Tsing Hu le hubiera asustado.

Aquella noche, por ejemplo, sin luna, flotando en el aire oscuras masas de vapor de agua, surgiendo del corazón de la tierra como algo fantasmal, terrorífico.

Pero no se trataba de que el oriental careciese de nervios, o que sus nervios fueran de acero.

Él era el telegrafista de la minúscula estación intermedia, un apeadero más bien, de la línea férrea que, saliendo de Pekín, unía las poblaciones de Wuhan, Changsa, Hengyan y Cantón con la ciudad de Hong Kong.

En el centro de una región insalubre, apestada de charcos, ciénagas y aguas estancadas, el pequeño poblado no esperaba recibir la visita de ningún viajero, aunque su situación fuera privilegiada en cuanto al tren se refería.

Desde el otro lado de la vía, el escaso resplandor proyectado por la desnuda bombilla encerrada en su prisión metálica era la única referencia en medio de tanta negrura y soledad.

La caseta del chino estaba al final del andén de madera carcomida. A través de su cristalera cerrada, a pocas yardas de los rieles, llegaba el tableteo monótono y seco del telégrafo.

Tsing se sentó ante el teclado y, abotonándose la parte superior de su camisa de seda remendada, se dispuso a recibir el mensaje. El único mensaje recibido durante todo el día.

Tomó nota en el bloc que tenía para tal menester y volvió a

recibirlo, comprobando que su redacción había sido correcta.

«Correcto», tecleó en inglés.

Cesó el ruido y Tsing volvió a su habitual quehacer: sumirse en la contemplación de las puntas de sus zapatos y dejar volar su imaginación.

Una ligera penumbra invadía la cuadrada habitación; miró por encima de su hombro la esfera del reloj, clásico en todas las estaciones del trayecto.

La una de la madrugada.

Dio un respingo.

El tren ya tenía que estar al llegar. ¡Otra vez con retraso!, masculló mentalmente. Si querían estar en Hong Kong a tiempo, el viejo Kwa Tow tendría que apretar después, cuando dejaran esta última estación del itinerario.

Escuchó un pitido y miró al fondo de la estancia. No era el pitido del tren, desde luego. Sólo era la tetera sobre la panzuda calefacción.

Tomó un recipiente de porcelana y echó en él té. Vertió el agua hirviendo en su interior y preparó una taza también de porcelana. Era uno de los lujos que se permitía Tsing.

Ahora, ocurriría lo mismo de siempre. Cuando se dispusiera a tomar su taza de té, el tren se lo impediría, obligándole a abandonarlo todo y a encontrarse con un brebaje frío y nauseabundo a su vuelta.

Llevó la taza a los labios.

Tal como pensara, el silbido de la locomotora le hizo levantar los menudos ojillos.

El expreso se acercaba a gran velocidad. Escuchó con toda claridad el martilleo de sus ruedas metálicas, pesadas, con un traqueteo rítmico, acompasado.

Al doblar el recodo que le hacía entrar en la pequeña estación, su ojo luminoso rivalizó con la débil bombilla, y luego las luces del interior poblaron los alrededores de vida, luz y movimiento.

Tsing echó un vistazo a su té y volvió a fijar su atención en el colosal gusano que resoplaba ya a poca distancia de su cara redonda.

Los frenos neumáticos y las espesas columnas de vapor chirriaron, soplaron y llenaron todo el ámbito. El tren se detendría

diez minutos para aprovisionarse de agua. Lo hacía siempre, cada día de cada mes y cada mes de cada año.

Era lo único que rompía la monotonía de las largas horas de vigilancia de Tsing Hu.

Ningún viajero hizo por bajar al vecino andén; algunos se limitaron a asomarse con curioso semblante.

Pero el viejo Kwan sí bajó; él era el maquinista de la locomotora y acostumbraba a cambiar unas palabras con el telegrafista; se preguntaban mutuamente por la salud de sus familiares y, pasados los diez minutos que duraba la operación, se despedían hasta el día siguiente.

—¿Cómo te encuentras, Tsing...?

Siguieron las consabidas preguntas y las consabidas respuestas.

—¿Tiene algo para mí...?

—Sí.

—¿Sí...?

—Es un telegrama... Es para alguien que viaja en el tren.

—Nunca había ocurrido.

—Sí, es verdad. Pero lo tengo... ¿Lo quieres?

—Naturalmente.

Tsing miró hacia adentro y se volvió apenado a su viejo amigo.

—¿Por qué no me haces un favor...?

—¿Qué es...?

—Tómate conmigo una taza de té. Siempre espero a que el tren arranque y siempre la tomo fría.

Kwan sonrió y entró con él en el pequeño despacho.

—¿Tendremos tiempo...?

—Seguro; ese ayudante tuyo es muy lento. Acabaremos antes de que él haya llenado el depósito.

Como si el otro le hubiera escuchado y estuviera decidido a llevarle la contraria, la locomotora silbó estridentemente y el maquinista dejó sobre la mesa el té que aún no había probado.

—Otro día será, Tsing. Entregaré el telegrama a su destinatario...

Tsing le miró marchar. Siempre esperaba a que el expreso desapareciera por el otro extremo del andén, por disfrutar con el espectáculo antes de volver a su caseta.

El tren empezó a deslizarse suavemente sobre sus rieles. Los

vagones se sucedieron uno tras otro frente al andén.

Cuando el último vagón pasó y el expreso comenzaba a tomar velocidad, un hecho curioso tuvo lugar. La puerta opuesta a la parte que daba al andén se abrió y un bulto parecido a una persona saltó a las negruras de la noche.

Pero esto no lo pudo ver el chino.

El regresó a su caseta y se encerró dentro.

Cuando llevaba un buen rato dentro, el estrépito producido por la rotura de un cristal le sobresaltó. Era el cristal de la ventana el que había saltado hecho añicos.

Tsing se alzó asustado, pensando que los espíritus de sus antepasados se habían decidido a hacerle una visita, pero pronto cambió de idea al ver un pequeño bulto cerca de la mesa. Los espíritus no mandan mensajes como aquél.

Aquél iba envuelto en un billete de cinco libras.

El oriental se agachó y lo recogió. Para darle impulso al pequeño bulto, alguien lo había envuelto, mensaje y billete, alrededor de una piedra.

Tsing leía perfectamente el inglés. Desdobló cuidadosamente el papel y leyó:

«F.B.I. — Washington — Concertada entrevista Crawford hotel Mayfair punto Peligro SW.»

Hizo el cálculo de lo que costaba enviar aquel telegrama y estimó que su remitente se había excedido.

Mientras tanto, fuera, el expreso hacía ya mucho rato que había desaparecido, mostrando su luz roja de cola en la lejanía.

Pero dos sombras imprecisas habían saltado a unas doscientas yardas del andén, en seguimiento del bulto que lo hizo primero.

La maleza cubría las colinas que circundaban la vía, entre las cuales corría. Los dos hombres fueron a chocar contra una de ellas. La velocidad del tren les hizo perder pie y rodar por la suave pendiente hasta el fondo de una acequia seca.

Algunos desgarrones en la ropa y morados en el cuerpo, pero no pareció importarles mucho las consecuencias de su salto.

Se pusieron en pie con rapidez gatuna y se pusieron en camino hacia la estación. En la mano llevaban sendas pistolas de negro cañón.

En aquel momento, un relámpago rasgó el cielo y las masas de

vapor acuoso se movieron por efecto de la brisa. Una claridad cargada de electricidad iluminó durante unos segundos la maleza y los árboles, confundiendo a los dos hombres que caminaban con los troncos estáticos de la arboleda próxima.

Tsing Hu estaba transmitiendo el mensaje y los últimos resplandores de la tormenta que se anunciaba coincidieron con las últimas palabras.

Nunca había obtenido una ganancia igual por el envío de un mensaje. Se prepararía otra taza de té, pues la rota ventana hacía entrar el frío viento que presagiaba tormenta. Tendría que buscar un cartón o cosa parecida para tapar el agujero que había hecho la piedra.

Tomó la cajetilla de fósforos y encendió un delgado cigarro, escogido entre un puñado que hacía días reposaba sobre una repisa.

El chasquido del fósforo coincidió con el leve crujido de la puerta. Miró hacia ella y vio en el umbral, al tiempo que se abría, un rostro asiático que le observaba fríamente. Volvió la vista hacia la ventana y percibió recortado tras ella otro rostro similar, que le contemplaba de igual modo.

Ambos orientales vestían ropas europeas y se tocaban con sombreros flexibles; pero los rasgos de sus caras eran duros, despiadados.

El de la ventana rodeó la caseta y entró en pos de su compañero.

Al principio no dijeron una sola palabra. Se acercaron al lugar donde estaba enclavado el telégrafo y uno de ellos tomó el mensaje, mientras en la otra mano seguía sujetando la pistola.

Se dirigió a Tsing en chino, en dialecto cantonés, pensando que le entendería por ser la provincia más cercana.

—¿Has enviado este mensaje...?—inquirió.

—S-sí...—tartamudeó Tsing Hu.

—No debiste haberlo hecho — moduló sin casi abrir la boca.

—¿P-por qué...?

—No debiste hacerlo, te digo—repitió sin apartar los puntiagudos ojos del pobre hombre.

—Y-yo no...

—Tú no sabías que no debías hacerlo—le ayudó.

Su compañero, mientras tanto, se limitaba a mirar en torno, sin entrar en la conversación que se estaba sosteniendo.

El chino de la cara impasible levantó el arma, y el negro agujero miró a Tsing, enviándole un aviso que le hizo palidecer. Tsing pensó repentinamente en su mujer y sus doce hijos. Fue a decir algo...

Pero no le dio tiempo.

Un fogonazo le fulminó, dándole un empujón mortal que lo envió contra la mesa, el telégrafo acústico y las guías de ferrocarriles que se amontonaban a un lado.

Todo se derrumbó en confuso montón, salpicando de sangre la pared más próxima.

—No debe andar lejos...—se volvió el asesino en dirección a su amigo.

—Fue muy listo...—comentó éste.

—Sí, pero no le valdrá dé nada. Le cogeremos de todos modos. No ha tenido tiempo de alejarse mucho de la estación.

Salieron al exterior. La puerta se quedó abierta y la corriente que entraba por ella y que comunicaba con la de la abierta ventana, produjo un lúgubre chirriar acompasado, monótono.

La luz de la bombilla alumbró el cuerpo que se desangraba y un olor a tierra y vegetación mojada entró en la pequeña estancia.

Empezaba a llover.

Gruesas gotas empujadas por un viento creciente salpicaron los dos rostros y dieron un tono más oscuro a los sombreros de fieltro y a las ropas de confección en serie.

Guardaron los negros pistolones en el bolsillo posterior del pantalón, dejando asomar la culata.

El viento ululaba cuando bajaron la suave pendiente; las copas de los árboles se vencieron, coincidiendo con su paso; tuvieron necesidad de asegurarse los mojados sombreros para no perderlos.

—Tenemos que separarnos—dijo uno.

—Sí, será mejor.

Así lo hicieron. La débil luz de la bombilla del andén no llegaba hasta allí. Cada uno en una dirección, los dos chinos apresuraron el paso, escrutando increíblemente las espesas sombras, entre las masas de vapor que extendían su manto a sólo unos pies del suelo.

El cielo se tornaba cada vez más negro, ni un asomo de claridad lunar se apercibía en una u otra dirección, y las gotas caían pesadas como molestos insectos.

El chino que matara a Tsing se sintió atraído por unas ramas

cortadas de cuajo. Se limpió las cejas y sorbió el agua que empapaba sus labios. Sacó un encendedor y lo protegió con ambas manos, a la vez que lo encendía.

Brilló sólo unos instantes, pero al parecer fue suficiente.

Se acuclilló y bajó el encendedor casi a ras del suelo, encendiéndolo nuevamente. Junto a él se perfilaba la silueta de un zapato grabada en la tierra, mojada, blanda, con el agua chapoteando sobre ella, a punto de borrarse y desaparecer.

La boca del oriental se extendió en una sonrisa y sus ojuelos brillaron a la tenue luz de la llama, hasta que ésta se apagó.

Gritó llamando a su amigo.

—Por aquí... No hace mucho que ha pasado por aquí—dijo.

El otro se guió por su voz y pronto se le reunió.

Otra vez juntos, los dos pistoleros recomenzaron la búsqueda del fugitivo.

La lluvia no amainaba, muy al contrario, los elementos se desencadenaron cada vez con más furia y la naturaleza parecía gemir bajo los embates del agua, el viento y la noche.

El rostro del que hiciera el hallazgo se envaró de pronto, deteniendo el hombre su marcha. El otro le miró a los ojos y le imitó.

—¿No has oído...?

—No... ¿Qué es?

—Nuestro hombre está cerca.

—¿Estás seguro...?

Aguzaron el oído y esperaron, sin mover un solo músculo, soportando la lluvia que les empapaba las ropas y el mismo cuerpo, hasta introducirse dentro de los zapatos.

Fue una espera corta.

Un minuto después se percibió con toda claridad el rumor de algo vivo al rozar unos arbustos.

El chino se llevó el índice a los labios. Hizo una seña al otro y éste desapareció por la derecha, sin siquiera tocar las ramas más cercanas, con un paso de reptil.

Él saltó hacia adelante y levantó a la altura del codo la negra masa de la pistola.

Un hombre vestido con un traje gris completamente mojado, algo más alto que ellos, salió de entre unos arbustos y corrió a

protegerse tras un tronco cercano.

El chino soltó una salvaje risotada, penetrante, sádica.

—Estás desarmado, ¿eh...?—exclamó, cayendo en medio de un claro que se abría delante.

Vio esconderse a su perseguido tras el árbol y no hizo nada por cazarlo. Siguió manteniendo la postura en que había caído, las piernas abiertas y los codos levantados. Esperaba la llegada de su compañero, como si pensara en ofrecerle en obsequio la vida de aquel hombre.

El grueso tronco le tapaba, pero no le era posible escapar, abandonar aquel refugio inútil. El oriental sonreía y apuntaba al árbol, sin disparar.

El otro chino hizo su aparición.

Vio a su compinche que le señalaba al árbol; observó desde donde estaba y vislumbró la oscura figura tratando de ocultarse.

Unió sus risas a las del otro y se acercó con suma cautela por detrás, rodeando la zona.

Cuando estuvo a muy pocos pasos, el asiático dio un grito corto, agudo, consiguiendo asustar al fugitivo.

Rió a mandíbula batiente, al haber conseguido su objetivo.

Pero, en aquel momento, el hombre de rostro occidental dio un salto y trató de arrebatárle la pistola.

El chino le dio un golpe en el cuello, conforme le vio la intención.

Cayó rodando en el espacio comprendido entre los dos que le buscaban.

Se incorporó con redoblada furia, cegado por el agua que le azotaba los ojos.

Pero un puntapié lo derribó de nuevo.

Cuando trataba nuevamente de ponerse en pie, las dos pistolas ladraron repetidamente, abriéndole en el cuello y en la nuca cuatro orificios por donde comenzó a manar la sangre, mezclada con el agua que no cesaba de caer.

Quedó boca abajo.

El chino que le descubriera se acercó y le empujó con el pie, dándole la vuelta y contemplando durante unos segundos cómo el agua limpiaba los restos de barro acumulados alrededor de su boca.

CAPITULO II

EN Washington...

En un despacho del piso quinto del Departamento de Justicia, Broderick, de Coordinación, hablaba con el propio John Edgar Hoover.

Una fotografía dedicada del presidente destacaba junto con otras de conocidos estadistas sobre una repisa de base de mármol.

El gesto del director del F.B.I, era de preocupación.

Broderick no conseguía estar sentado más de unos minutos cada vez; todo su interés parecía concentrado en ir paulatinamente hacia la ventana, hacia la repisa, hacia la mesa que ocupaba Hoover.

—Ese estúpido de Stanley Woodrow...—masculló.

—Deje ya de lamentarse, Broderick—dijo su superior—. Con ello no adelantaremos nada..., y es muy posible que a estas horas Woodrow ya no tenga de qué preocuparse en lo tocante a problemas terrenos.

—Pero... él debió pensar que nos pondría en serias dificultades con las autoridades británicas de Hong Kong...

—Y estoy seguro de que lo pensó, pero algo le hizo dar ese paso.

—¿Y enviarnos un telegrama...? ¿Así por las buenas...? ¿En lugar de emplear la clave...? ¿En lugar de ponerse en contacto con nuestro hombre en Hong Kong...? Debería estar loco para hacer una cosa así.

—En eso estoy de acuerdo... Cuando uno de nuestros hombres actúa así, es porque el ambiente que le rodea en ese momento es enloquecedor.

—¿Cuál es, pues, su opinión sobre la conducta de Woodrow, señor...?

—Él nos envió un cable en cuanto hubo pasado de la China popular a territorio británico. De otro modo, el texto del mensaje nunca nos hubiera llegado, eso es lógico. El chico pudo ponerse en

contacto con nuestro hombre en Hong Kong, pero no lo hizo por una sola razón...: le perseguían. Le perseguían muy de cerca, y, es más..., sabía que cualquier mensaje que tratara de enviar caería más tarde o más temprano en manos de sus perseguidores. Hizo, pues, lo único que podía hacer en un caso semejante. Dar a entender dos cosas: una, que no existe clave alguna en nuestras comunicaciones con Hong Kong. Otra, que nuestras relaciones con él son directas, es decir, que no existe un segundo hombre allí.

Broderick escuchó con marcada atención el punto de vista de Hoover.

—Creo que tiene razón, señor. Uno de nuestros hombres no puede ser tan absurdamente imbécil...

—Ninguno de ellos lo es, Broderick. Estoy seguro que ese chico actuó obligado por las circunstancias. Y otra cosa creo..., es muy posible que en estos momentos ya no se encuentre en el mundo de los vivos.

—La Policía de Hong Kong pedirá explicaciones. Querrán saber qué hacía un agente federal americano en territorio británico, enviando cables a Washington como el que fabrica palomitas de maíz.

—Por supuesto que lo preguntarán..., y nosotros daremos toda clase de explicaciones diciendo que estaba comprando figuritas de palo de rosa para un destacado miembro del Gobierno.

—No se lo creerán...

—Ni nosotros esperamos que se lo crean, Broderick.

—Entonces, en cuanto a Woodrow...

—Creo que él es el que peor librado va a salir de todo este asunto...

* * *

Hong Kong...

La colonia británica de Hong Kong comprende la isla del mismo nombre, situada en la boca del río de Cantón, separada del continente por un estrecho brazo de mar, el Lvemun Pass.

Forman parte también de la colonia la opuesta península del Kowlun y una reducida porción de territorio chino en tierra firme.

Su capital: Victoria, con algo más de setecientos mil habitantes.

El hombre salió del ascensor en compañía de otros varios; era

alto y atezado; bajo la chaqueta de lino gris claro se adivinaba su fuerte contextura física.

Atravesó el amplio vestíbulo del edificio dedicado a oficinas con paso largo y elástico. El edificio estaba situado en pleno centro de la ciudad.

Su aspecto era el normal de un hombre de negocios americano. Llevaba una pesada cartera de cuero en la mano, que apretaba con fuerza. Sus ojos, sin embargo, de un gris acerado, desmentían su profesión a los ojos de un observador nada corriente. Eran quizá sus pupilas, de un brillo intenso, que se movían constantemente, observándolo todo como si buscaran algo, aun en los detalles más insignificantes.

Aquella mirada era la de un hombre acostumbrado a vivir siempre en peligro; un hombre que debía permanecer constantemente alerta.

No obstante, en aquella ocasión Chuck Drayton no encontró nada alarmante en los rostros de las personas que le rodeaban, pese a tener la cualidad de olfatear el peligro casi por instinto.

Creyó que nadie se fijaba en él más de lo necesario, que sus pisadas por el vestíbulo, hasta alcanzar la puerta de cristal, pasaban totalmente inadvertidas.

Empero, Chuck Drayton se equivocaba.

Un asiático, uno de los empleados del edificio, había observado atentamente su salida del ascensor sin que él se diera cuenta; sin hacer un solo gesto, como sólo los orientales saben hacerlo, le siguió con la vista a través del alfombrado vestíbulo.

Su mirada fue recogida por otro individuo que, aparentemente, leía una revista ilustrada apoyado en una columna. Con el mismo sigilo, abandonó su lectura y se guardó la revista bajo el brazo.

Cruzó su mirada con la del empleado, pero sólo duró un instante. En sus ojos mantenía un asomo de interrogación, pero se disipó totalmente al ver al otro asentir con la cabeza.

Bajó los párpados ligeramente y se encaminó a la calle, en pos del americano.

Cuando hubo atravesado la puerta giratoria y ganado la escalera, un «Morris» claro, aparcado cerca, avanzó despacio deteniéndose junto al borde de la acera.

El hombre que se sentaba al volante le abrió la portezuela; era

grande y de manos velludas y sus ojos estaban tan juntos que parecía un simio maquillado. Su aspecto normal era de cómico enfado.

—¿Hubo suerte?—preguntó.

El otro asintió con un gesto.

—Es el de la cartera—murmuró—, el tipo de la chaqueta gris.

Entonces, el de cara de mono sacó la cabeza por la ventanilla y miró en la dirección indicada. El hombre que les interesaba estaba en aquel momento abriendo la portezuela de un «Austin» negro.

—¿Qué te parece si le diéramos una «pasadita» ahora...?—le miró el del volante—. Su posición es inmejorable...

Y miró hacia atrás, al asiento trasero, donde reposaba una maleta de violín con un contenido que no debía ser el instrumento de cuerda.

—Eres imbécil, Ape... Sería el único modo de echarnos a la Policía encima... ¿Y si no es el hombre que buscamos...?

—¿Y si sí es...? Nos quitamos el estorbo de encima nosotros—dijo con su absurda lógica—. Si no es el hombre que buscamos..., ¿qué se pierde?

—A veces creo que no piensas en otra cosa que en matar, sin pensar si es interesante o no para ti.

—Siempre es interesante, Softy...

En aquel instante, sentado ya al volante del «Austin» oscuro, Chuck Drayton lo ponía en movimiento, despegándolo de la acera.

Softy se sentó junto al conductor y le hizo una señal.

—Ya lo veo...—repuso éste.

Y puso a su vez el «Morris» en marcha, despacio, suavemente.

El tráfico rodado era atosigarte, abarrotado de automóviles en aquella hora en que todos, o casi todos los habitantes de Hong Kong salían de sus oficinas. La gente llenaba asimismo las aceras, dando un colorido especial a aquella parte de la ciudad europea.

Chuck Drayton erró la mirada por entre el tráfico que veía delante de sus narices. Miró también por el espejo retrovisor, siguiendo una inveterada costumbre, y se dio cuenta de que un «Morris» estaba inmediatamente después.

Sólo era eso...

De momento...

Luego, cuando el tráfico se aclaraba, vería si el coche seguía

detrás. Sólo entonces tendría motivo de preocupación.

Él era representante en Hong Kong de una fábrica de celulosa, y hacía muy buenos negocios dentro y fuera de los límites de la colonia.

Pero su segunda vida era aún más interesante. Estaba adscrito a la plantilla del F.B.I., en Washington, en calidad de agente especial.

Llevaba muchos años residiendo en Hong Kong, siempre en el mismo negocio, y contaba con verdaderos clientes. Sus transacciones comerciales eran normales, y hasta fructíferas. Si él hubiese sido en realidad un hombre de negocios americano, sus ingresos podrían considerarse como saneados.

Era el único modo de no levantar sospechas.

Volvió su atención al coche de detrás. Seguían allí. Había tenido ocasión de pasarle en dos ocasiones y no lo habían hecho. ¿Conductores precavidos...? Podía ser...

Pronto lo sabría.

Torció a su izquierda peligrosamente, observando la cara de estupor de un automovilista que marchaba pegado a él. Sus insultos no llegaron a él.

Los del «Morris» hicieron la misma maniobra, estando a punto de provocar un embotellamiento en la larga fila de coches.

Bajó en busca de Queen Victoria Avenue, que se vislumbraba a pocas yardas. Un semáforo le detuvo, y mientras esperaba el cambio de color se entretuvo en contemplar las dos caras que se reflejaban en el retrovisor.

Uno de ellos parecía enteramente un mono. El otro tenía cara de blando, con los ojos colgando y haciendo juego con el labio caído.

No les había visto en su vida.

El verde le guiñó su ojo y arrancó, cruzando perpendicularmente la gran arteria de Queen Victoria Avenue.

Se deslizó hacia la parte baja de la ciudad, buscando el puerto, siempre con su inseparable «Morris» detrás.

Tenía que darles esquinazo, sin lugar a dudas. Era el momento menos propicio para llevar pegados a la cola dos molestos observadores.

Conocía el modo.

Se metió por calles más estrechas que las que habían dejado, la mayor parte haciendo pendiente, otras sin asfaltar. No se podía ir

muy de prisa, a menos que uno quisiera darse un morrón contra cualquier esquina.

Los tipos de atrás seguían impertérritos, conscientes ya de que su perseguido estaba al tanto de su presencia.

El «Austin» se metió por un dédalo de calles aún más estrechas, increíbles de poder maniobrar en ellas. No habían sido hechas para conceder el paso a un coche, aunque fuera de la estilizada carrocería de un automóvil europeo.

Frente a Chuck Drayton se abría la bahía de Hong Kong, a muchos metros más abajo. Desde donde estaba podía distinguir la inmensa cantidad de juncos, barcas y embarcaciones de todo tipo que atestaban el muelle, rodeando como parásitos los grandes cargueros y los alargados buques de línea.

El mar intensamente azul se confundía con el cielo, sin nubes y despejado.

El federal había visto el espectáculo cientos de veces y en aquel momento su atención no podía fijarse en ello.

Continuó su dificultoso descenso y en un momento dado se encontró con que había justo el sitio para que su coche pasara. Se pegó todo lo posible a la izquierda y frenó. Sin dar tiempo a pensar lo que pretendía, salió del coche por la derecha y, sin cerrar la portezuela, que dejó empotrada contra el muro haciendo de barrera, corrió con todas sus fuerzas hacia la salida de la calle.

Los dos individuos frenaron bruscamente, y con las mismas dificultades salieron al exterior. Su perseguido estaba llegando al final y ellos aún tenían aquella puerta delante, que les interrumpía el paso.

Tiraron de ella y el cara de mono casi la arrancó de cuajo al poner sus manos sobre la manilla.

Al final, cruzando de ancho a ancho una amplia avenida cortaba el dédalo de callejuelas y, en aquel momento, un autobús metropolitano se detenía a pocos pasos de Drayton, en una de las paradas convencionales.

Le vieron subir de un salto y agarrarse a la barra, partiendo segundos después, cuando ellos aún no habían alcanzado el final de la calleja.

Ape bufaba como un energúmeno, y sus ojillos simiescos acentuaban aún más el apodo que había conseguido.

Softy maldijo en voz bastante baja, dando un puñetazo en la palma de la mano.

El tipo aquel se bajaría en cualquier momento del recorrido, metiéndose en el lugar más inverosímil.

Salieron a la ancha avenida y vieron a lo lejos el autobús.

El bullicio y el tráfico lo engulló.

* * *

La escalera era tan vieja y estaba tan desgastada, que parecía que se jactara de la falta de pasamanos. Los tramos crujían tanto que producían la impresión de irse a derrumbar de un momento a otro. Algunos ya no existían.

Pero no era tan sólo la escalera lo que andaba mal en aquel edificio. Desde el sótano a la pequeña azotea, pasando por los dos pisos interiores, la casa ofrecía un deplorable aspecto.

Y, sin embargo, la casa no era una excepción en el conjunto de edificios que la circundaban. Más bien, su conservación podía considerarse como la mejor de entre todo el conjunto de casas y calles del vecindario.

Chuck Drayton se movía por allí con soltura y agilidad, evidenciando una familiaridad con el ambiente nada común.

En su interior, medio desmanteladas y entre sus paredes desnudas, las gentes más pobres y desdichadas de Hong Kong encontraban relativo cobijo.

Nadie parecía reparar en el americano al cruzarse con él.

Mientras ascendía los escalones, murmullo de conversaciones en chino y otros dialectos del continente llegaban a sus oídos, acompañados de lloriqueos infantiles, gritos y llantos de personas mayores. Un fuerte olor a especias se escapaba de todos los rincones y el burbujear de un pote puesto al fuego le hizo adivinar un puñado de rostros famélicos eh torno a un guiso de arroz.

Drayton llegó al último piso, deteniéndose ante una puerta tan mugrienta y falta de pintura como las demás. Estaba cerrada por un grueso y enmohecido candado.

Se rebuscó en los bolsillos y sacó una llave.

Probó varias veces antes de oír saltar el pestillo. Luego lo quitó y empujó la puerta, que gimió dolorosamente.

El interior era oscuro y maloliente, careciendo de ventanas que

arrojaran alguna luz natural dentro. Una vez acostumbrado a la oscuridad que reinaba, podía adivinarse una puerta al otro lado, que comunicaría a buen seguro con la vivienda propiamente dicha.

Atravesó el pequeño espacio y atrancó la puerta, sin poner en la operación mucho cuidado. Abrió la otra puerta y se encontró en una estancia, al parecer la única de la vivienda, que sí tenía salida al exterior, a base de una minúscula ventana tapada por una persiana de junco.

El techo era inclinado y en su parte más baja casi tocaba el suelo, por lo que en ciertos puntos del interior se veía precisado a agachar la cabeza para no tropezar.

Los muebles eran tan toscos y rudimentarios como todo lo que hasta entonces había encontrado a su paso.

Botellas, latas vacías y restos de comida se acumulaban en los rincones, aumentando el tufo desagradable que despedía el barrio entero.

Pero Chuck Drayton parecía estar acostumbrado al lugar, tan distinto de aquel de donde venía. No pensó siquiera en utilizar la luz eléctrica. Se acercó a un mueble adosado al muro y metió la mano dentro, hasta llegar al fondo. Apretó un botón escondido y el fondo del mueble hizo un movimiento extraño.

Cedió sobre uno de los lados y dejó entrever un hueco, por el cual se metió sin vacilar.

Cerró tras de sí al encontrarse en la nueva habitación, de aspecto algo más pulcro que la otra. Las paredes estaban forradas de corcho, para impedir que cualquier ruido trascendiera a la otra parte del delgado tabique.

Se acercó a un extremo y encendió una luz, cuyos reflejos dieron sobre una emisora colocada sobre la mesa. Las esferas de los amperímetros y voltímetros parecieron sonreírle.

Abrió un cajón y revolvió en los papeles que se amontonaban. De entre ellos sacó un telegrama con el texto que Stanley Woodrow, su compañero, enviara a Washington desde el ignorado despacho de Tsing Hu.

Leyó:

«F.B.I. —Washington— Concertada entrevista Crawford hotel Mayfair punto Peligro SW.»

Woodrow no había dado aún señales de vida. Drayton esperaba

que le hubiera enviado una comunicación empleando la clave del servicio, un golpe de teléfono desde cualquier lugar público, algo que le hubiera hecho saber que su compañero estaba vivo y en condiciones de actuar.

Pero su silencio era más que revelador.

Woodrow había sido comisionado por el F.B.I., a instancias del Departamento de Defensa, para que llevara a cabo una serie de averiguaciones alrededor del Centro Atómico Experimental de Pekín.

El hombre del F.B.I, se había introducido subrepticamente en la China de Mao, consiguiendo llegar a la capital.

Desde allí le era imposible ponerse en contacto con nadie en el exterior, ya que las comunicaciones estaban severamente vigiladas, y las relaciones diplomáticas entre los dos países eran nulas.

Woodrow, por tanto, tenía que encerrar dentro de su cerebro todo lo que consiguiera averiguar sobre su misión, procurando salir bien librado de cualquier registro de los sicarios de Mao-Tse-Tung.

Si le descubrieron y le siguieron en el expreso de Pekín y si le alcanzaron antes de llegar a territorio libre, o dentro de los límites de Hong Kong, eso era algo que sólo el propio Stanley Woodrow podía decir.

Si aún se encontraba con vida.

Drayton se colocó los auriculares y volvió a leer el contenido del cable mientras conseguía comunicación, manipulando los mandos de la emisora de onda corta.

Transcurrió algún tiempo hasta que contestaron. Cuando lo hicieron, el federal comenzó a transmitir su mensaje.

Lo repitió por segunda vez, con el fin de obviar cualquier mala interpretación de la clave.

Luego escuchó, también en clave:

—Recibido.

Se levantó y dejó los auriculares colgados a un lado de la emisora.

Salió del reducido cuartito y dejó todo tal como lo había encontrado a su llegada.

Poco después, el «G-man» recorría de nuevo las inmundas callejas, sin aparentar excesiva curiosidad por lo que sus ojos veían.

CAPITULO III

EL hotel Mayfair, en Hong Kong, es considerado de mediana clase. Sin ser lujoso, el servicio es suficientemente atractivo para cualquier turista que no sea excesivamente exigente.

La chica avanzó por el «hall» en dirección al mostrador de recepción. El empleado situado al otro lado del «comptoir» la vio venir con cierta admiración reflejada en los ojos.

La chica lo merecía.

Debería tener alrededor de veinticinco años y unos ojos preciosos, pues los tapaba con gruesas gafas de sol que no se quitó al entrar en el establecimiento hotelero. Sus caderas eran insinuantes y el busto erguido se movía levemente al ritmo de su cadencioso y seguro paso; las esbeltas piernas modelaban la parte inferior del traje de lanilla cubierto por un abrigo liviano, muy en consonancia con el conjunto y lo avanzado de la estación; el pelo rubio bajaba en cascada, quizá un poco más largo de lo que el empleado del mostrador hubiera considerado como actualmente de rigor.

Pero la chica era un verdadero bombón. Eso podía certificarse sin temor a equivocarse.

Dejó la pequeña maleta de viaje junto al mostrador y habló sin separar las gafas de su rostro.

—Deseo una habitación con baño—dijo.

—Tenemos una con vistas a la bahía—informó el empleado, que no retiró los ojos de las gafas.

—Creo que la tomaré.

—Es el número veinticuatro, en el segundo piso.

Le extendió las llaves e hizo una seña a uno de los botones, que tomó la maleta sin esperar a que se lo indicaran.

—Lleva la maleta al veinticuatro—le dijo el empleado.

Luego se dirigió a la chica.

—¿Se quedará mucho tiempo, señorita...?—inquirió.

—No lo sé—fue la vaga respuesta—. Quizá dos o tres días.

El empleado lo había imaginado al ver la pequeña maleta.

¡Era una lástima que no se quedara más tiempo!, pensó. Aquel tipo de mujer era el mejor reclamo para el hotel.

Pero un individuo de ojos rasgados que leía un periódico en un sillón, cerca del mostrador, pensó a su vez que era muy posible que la chica se quedara definitivamente.

La observó sin que ella se percibiera.

El empleado volvió a preguntarle.

—¿Su nombre, señorita...?—dijo.

—Berenice Crawford—repuso, sacando el pasaporte británico de su bolso de mano.

Ahora, el chino que leía estuvo seguro de la eterna permanencia de la chica en el hotel Mayfair.

—Déjeme su pasaporte, por favor... He de consignar los datos en la ficha del hotel.

Le dejó hacer y ella deslizó la mirada de sus negras gafas por el contorno del «hall». Nada sospechoso, pensó. Todo en orden y en la más completa normalidad. ¿Y por qué no iba a ser así...?

Recogió el pasaporte y lo guardó de nuevo. Se separó del «comptoir» iniciando el contoneo suave de sus caderas. Tomó el ascensor y desapareció de la vista del empleado, que suspiró muy bajo.

El chino dejó el periódico sobre la mesita y miró a otro individuo de la misma raza que contemplaba unas postales en el puesto de revistas.

El signo que cambiaron fue tan imperceptible que sólo fue captado por ellos mismos.

Se puso en pie y subió la escalera, siendo seguido de lejos por el otro.

Sus ropas eran confeccionadas, se tocaban con un sombrero flexible y había algo en los dos que los hacía semejantes. Su aire, quizá.

Pero a la luz del día, sus rostros eran más fáciles de distinguir que en la oscuridad que envolvía la vieja estación ferroviaria, cuando bajo la lluvia torrencial dispararon sus pistolas sobre el pobre Tsing Hu y el federal acosado.

Sus pasos se deslizaron suavemente sobre la alfombrada escalera, alcanzando el segundo piso donde se encontraba la habitación 24.

El oriental que iba delante se cruzó con el botones que había llevado la maleta al número 24, que hacía tintinear dos monedas en la palma de la mano.

Le dejó pasar y le siguió con la vista hasta verle desaparecer escaleras abajo.

El segundo chino se le unió sólo un momento después. Se miraron sin hablar y continuaron su paseo por el corredor, leyendo las pequeñas placas doradas de las puertas.

Número 24.

Se detuvieron, mirándose una vez más a los oblicuos ojos. Sus dedos palparon las culatas oscuras. No se oía un solo ruido en toda la planta. Aguzaron vista y oídos.

Se acercaron con sigilo a la puerta que les interesaba y uno de ellos golpeó con absoluta normalidad la hoja de madera.

—¿Quién es...?—se oyó la voz femenina.

—Un telegrama para usted, señorita Crawford —contestó en perfecto inglés—. Se acaba de recibir.

Hubo un momento de vacilación en el interior.

En seguida, rumor de pasos y un hurgar en el pomo de la puerta.

Los dos pistoleros llevaron la derecha al bolsillo.

La puerta dejó un hueco más que suficiente para que un bello rostro de mujer, oculto a medias por gafas de sol, recibiera el resplandor de la luz del pasillo.

Los labios se contrajeron al mirar el negro y redondo cañón de la Beretta de 7,65 mm.

El pie del primero de los pistoleros se encasquetó en el hueco que formaba la puerta y el marco, y sus palabras salieron despacio y sólo murmuradas, al decir:

—Hacia adentro y sin cometer estupideces.

El tono y las maneras eran tales, que Berenice Crawford obedeció sin rechistar, aun sabiendo que nada agradable iba a ocurrirle en los siguientes minutos.

Los dos orientales entraron en la habitación en seguimiento de la muchacha, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¡Siéntese, señorita Crawford...!

La Crawford tomó asiento en un sillón de brazos, tapizado. Miraba a los dos hombres como hipnotizada.

La voz del asiático, lenta y segura, sonaba silbante como el chasquido de la lengua bífida de un crótalo.

En una fracción de segundo, Berenice Crawford comprendió lo que estaban buscando aquellos dos hombres: ¡el telegrama! La prueba de que Woodrow y ella estaban citados en aquella habitación de hotel. El mensaje que Woodrow le enviara estando aún los dos en China roja.

Obró con rapidez. Sus manos volaron veloces en busca del papel, que se hallaba sobre la mesa.

Sucedió todo tan inopinadamente que, cuando los dos pistoleros quisieron reaccionar, ya el trozo de papel no era sino una bola que había ido a parar a la boca de la chica.

—¡Maldita sea...!—rugió el que estaba más cerca, despidiendo sus pupilas un fulgor extraño.

Como movidos por un resorte, los dos intrusos se arrojaron contra ella. El que se mantenía en segundo lugar dio una zancada y sobrepasó a su compinche. Más corpulento que éste, le dio un violento empujón, lanzándola contra la mesa, que resbaló sobre el piso encerado. En seguida levantó el puño, tan duro como un martillo pilón. En sus ojos se leían las intenciones que le animaban.

La mujer vio descender la maza y apenas si tuvo tiempo de echarse a un lado. Sin dejar de masticar el papel, bajó la cabeza. Conectó el golpe. Aún aturdida momentáneamente, sus mandíbulas siguieron trabajando en un poderoso esfuerzo de voluntad.

Se llevó una mano a los ojos, intentando alejar de sí la ligera bruma que enturbiaba su visión. A través de la misma pudo ver los repulsivos ojos del chino, muy cerca de los suyos.

Este se lanzó contra ella con un sordo grito. Sus manos buscaron su cuello. Al cerrarse en torno a él, comenzaron a apretar con fuerza demoníaca.

—¡Escupe eso, maldita...! —masculló ante sus mismos ojos, arrojando contra ella su fétido aliento.

Terminó de tragar el papel y los dos chinos se la quedaron mirando muy fijos.

La presión de la mano cedió.

El que presenciara la cobarde agresión separó a un lado a su

compañero y apuntó a la joven con el arma que aún sostenía.

—No importa...—dijo—. Nos imaginamos el contenido de ese cable. Pero su amigo Woodrow no acudirá a la cita... Su carne lleva días pudriéndose en medio de la selva.

La mujer dio un respingo al oír aquello.

Los rojos sabían de los mensajes que ellos habían cambiado, y aún así, los habían dejado salir del infierno de Mao.

Habían acabado con el pobre Stanley Woodrow y ahora pensaban hacer lo mismo con ella.

Había caído como una tonta en la trampa, que ella misma se había tejido alrededor.

No tuvo la menor duda de lo que iba a ocurrir en aquella habitación de hotel.

Lo adivinó al percibir el gesto del chino, que en aquellos momentos levantaba el percutor con un fúnebre chasquido.

¡Rayos...! Si ella pudiera llegar al bolso de mano... Hacerse con la pequeña pistola azulada que guardaba entre sus efectos personales.

Intentó jugar la última baza, antes de que aquellos energúmenos llevaran a cabo su propósito. Un intento desesperado, sí.

Pero un intento lógico y normal de salvar la vida, cuando ésta no valía un penique.

—Un momento...—dijo—; hay algo que quizá valga lo suficiente como para salvar mi vida.

Los chinos la miraron con gesto de incredulidad.

—En serio—continuó—. Déjenme que les muestre...

Las dos pistolas se movieron a un lado y otro, siguiendo de cerca los insinuantes movimientos que a ellos les dejaba fríos.

—¿Qué hace...?

—En mi bolso...

—¿Qué es...?

—Hay algo que a buen seguro interesará a su Gobierno—dijo.

—¡Atrás!—rugió el asiático.

Todo estaba perdido. Los chinos no tenían nada de tontos y no habían caído en la trampa. ¿Cómo había sido tan tonta que pensara que iba a conseguir engañarles con tan pueril artimaña? Pero lo había intentado.

Se acercó a la mesa y tomó el bolso, sin soltar la pistola,

mientras su compinche cubría con su arma la distancia que mediaba entre el otro y la chica.

El pistolero volcó sobre la mesa el contenido, cayendo en confuso montón lápices de labios, monedas, billetes, una polvera, un pañuelo usado y diversos objetos de uso exclusivamente femenino.

Pero sobre todos los demás objetos predominaba uno por su tamaño y su finalidad.

Un revólver...

El chino cambió una desagradable sonrisa con el otro.

—¿Era esto lo que interesaría a nuestro Gobierno, perra...?— masculló entre dientes.

La Crawford no supo contestar. No tenía argumentos ante la realidad.

Vio los dos cañones moverse en busca de ella. Se agarró al borde de la mesa y corrió hacia la puerta. Nunca había visto la muerte tan de cerca, y su contemplación no le agradaba. Pero su corta carrera se vio interrumpida.

Fueron dos foganazos, acallados por los cilindros de los silenciadores.

¡Plop...! ¡Plop...!

Espaciados en el tiempo, pero justos y precisos al morder el joven cuerpo. Se detuvo en medio de la habitación, cuando aún le faltaban dos pies para alcanzar la puerta; hizo ademán de volverse, pero no lo consiguió.

Los dos orientales no perdieron mucho tiempo. Guardaron sus armas y se abalanzaron sin dudar un instante sobre el cuerpo recién caído. Lo tomaron en volandas y lo metieron en el cuarto de baño, echándolo sin ningún miramiento dentro de la bañera, que comenzó a teñirse de rojo, destilando por el desagüe la sangre que se escapaba del bonito cuerpo.

Cogieron las toallas y se dedicaron a restregar el piso brillante, encerado, consiguiendo borrar las huellas de lo que había ocurrido.

Las toallas manchadas de rojo fueron dobladas cuidadosamente y envueltas en papel de periódico.

Desnudaron a la chica completamente, envolviendo asimismo sus ropas manchadas.

El desnudo cuerpo siguió en el fondo de la bañera,

desangrándose a borbotones por las dos heridas y dibujando un surco sanguinolento hacia el desagüe.

Ambos hombres volvieron a la habitación y permanecieron en ella en muda contemplación, sin que el menor gesto de su rostro evidenciase cualquier muestra de sentimiento: nerviosismo, repugnancia, satisfacción...

Fue una larga espera; el tiempo que tarda un cadáver en desangrarse completamente.

Luego entraron en el cuarto de baño y se acercaron a la bañera. Volvieron el cuerpo boca abajo y limpiaron la espalda y el borde de las heridas, secas ya. La piel había tomado un tinte violáceo.

Uno de ellos sostuvo el cuerpo por las axilas, mientras el otro abría el grifo. El agua corrió abundantemente, limpiando todos los rastros de sangre que segundos antes habían dado a la bañera un aspecto inusitado.

Tomaron nuevamente el cuerpo y lo colocaron debajo de la cama, seguros ahora de que la sangre no llamaría la atención de quien entrara en la habitación. Su estancia iba a ser tan corta que los olores de la putrefacción no llegarían a producirse.

Los dos hombres, concluida la última parte de su cometido, salieron con igual sigilo, dirigiéndose sin ninguna prisa hacia la escalera que conducía al «hall».

CAPITULO IV

CHUCK Drayton penetró en el amplio «hall» del Hotel Mayfair, no bien hubo abandonado el inmundo barrio donde tenía emplazada la emisora.

La tarde estaba cayendo y las primeras luces empezaron a parpadear fuera y dentro.

Se dirigió directamente al mostrador de recepción y metió la mano en el bolsillo, sacando un billete de una libra. Lo puso con dos dedos al alcance del empleado, que a la vista del mismo miró azorado a ambos lados, tomándolo con cierta elegancia.

Siguió mirando el libro registro que estuviera ojeando hasta aquel momento.

—¿Qué desea, señor...?—dijo sin mirar.

—¿Está el señor Crawford alojado en el hotel?

—No, señor—repuso categórico.

El federal vaciló.

—¿Está seguro...?

—Seguro.

—Debió llegar hace muy poco tiempo—sugirió.

—No llegó ningún señor Crawford, señor... Pero el apellido Crawford se registró en el hotel hoy mismo.

—¿Cómo se explica?—inquirió dubitativo.

—Llegó una señorita... La señorita Berenice Crawford, británica—explicó.

El «G-man» parpadeó.

—¿Una señorita...? Quizá... ¿Dónde se encuentra...?

El otro permaneció en silencio, enfrascado en la lectura, al parecer interesante, del libro de huéspedes.

Drayton comprendió. Metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó otro billete de una libra.

Fue atrapado con la misma rapidez y técnica que el anterior.

—La señorita Crawford está en el bar.

El federal miró hacia la puerta del bar.

—¿Cómo sabré quién es ella...?—demandó.

—¡Oh...! La conocerá en seguida... La señorita Crawford no pasa desapercibida.

Animado con estas palabras, el federal se encaminó hacia el lugar indicado. Se quedó un rato en la misma puerta y echó una mirada al conjunto. Varias mesas estaban ocupadas, pero lo que en seguida le llamó la atención fue la barra. Había tres personas. Dos de ellas miraban a la otra, que estaba en el centro, sentada en un taburete y con esbeltas piernas cruzadas, provocando ese movimiento de admiración de que estaba siendo objeto.

Drayton apreció el buen gusto del empleado de recepción. En verdad, la señorita Crawford no podía pasar desapercibida. Su pecho, duro y alentador; sus piernas perfectamente moldeadas, su rubia cabellera cabalgando sobre los hombros, quizá algo exuberante, pero realmente atractiva, subyugaba a cualquiera que no tuviera nada en contra de las formas femeninas.

No podía ser otra, pensó.

Si el empleado había tratado de burlarse...

Sorteó las mesas hasta ganar el mostrador, y la mirada de la chica se fijó unos segundos en él, para posarse luego de nuevo en su «manhattan».

El barman le interrogó con la mirada.

—Un Bloody Mary—pidió.

Se acodó en el borde y paseó su mirada por el estupendo espécimen que se mostraba gratis a la contemplación de los mortales.

Su mirada debió parecer demasiado insistente, pues la muchacha hizo un gesto de coqueto desagrado y se volvió hacia la barra.

De perfil era aún más atractiva, si cabía. Drayton notó unas gotitas en la frente, producto de una mente ardiente que trabajaba en multitud de pensamientos a la vez.

Su propia mente.

Dejó el sitio que ocupaba y dio unos pasos en dirección a la bella.

Ella no hizo nada por darle la bienvenida.

Los dos hombres que la contemplaban sonrieron, esperando de

un momento a otro la bofetada.

Drayton vio venir al barman y le hizo señas de que dejara el servicio allí mismo.

La chica, ante el atrevido ademán, metió la mano en el bolso y sacó un billete.

Drayton dijo:

—¿Señorita Crawford...?

La mano de ella se quedó dentro del bolso todavía, con el billete en ella, sin sacarlo del todo. Sus ojos permanecían bajos.

—¿Espera a Stanley Woodrow...?—musitó.

La actitud de la mujer cambió, y los rostros de los dos mirones se tomaron sombríos al percibir la sonrisa con que ella obsequiaba al recién llegado.

Luego se enfrascaron en animada charla.

¡Los hay con suerte...!, debieron exclamar.

—Usted no es Stanley Woodrow—dijo ella luego.

—No, no lo soy.

—¿Quién es usted, pues?

—Mi nombre es Chuck Drayton.

—Curioso nombre... ¿Y a qué se dedica?

El «G-man» tomó el largo vaso de color rojo fuerte y miró a través del cristal la cambiante figura de la soberbia mujer.

—¿Qué es...?—preguntó ella, refiriéndose al contenido.

—Un «Bloody Mary».

—¡Ah,..! Prefiero mi «manhattan»; pasa mejor por la garganta.

—Eso depende de gustos... ¿Es usted americana...?

—No; inglesa.

—Yo soy americano.

—Por supuesto..., ya lo sabía. No me dijo a qué se dedica, señor Drayton.

—¿No cree que las confidencias requieren otro sitio más...—vaciló—íntimo?

—Es usted un desvergonzado, señor Drayton.

—Mis amigos acostumbran a llamarme Chuck...

—¿Puedo yo incluirme entre ellos...?

—¡Qué más quisiera yo...! ¿Cuál es su nombre, señorita Crawford?

—Berenice... Nice para los íntimos.

—Curioso nombre también—le devolvió la pelota—. Y me gusta.

—Lo celebro.

—¿Qué hay de esa copa que me prometió compartir en su habitación...?

La mujer rompió a reír.

—Es usted el tipo más osado que me he encontrado en mi vida.

—Siga usted en esa línea—musitó—. Es necesario cubrir las apariencias...

Ella siguió riendo, despreocupada, ostensiblemente.

Sus ojos, en un descuido del «G-man», volaron hacia la puerta de comunicación con el vestíbulo. Deseaba fervientemente topar con los dos chinos, que éstos le dieran a entender que el cadáver de la verdadera Berenice Crawford estaba fuera de la habitación, sacado al exterior, junto con sus manchadas ropas, por la puerta trasera del hotel.

—Hemos de hablar en privado—susurró el federal.

—¿Cómo sé que le envía Woodrow...? Es con él con quien yo hasta ahora me había entrevistado.

—Él no podrá venir a la cita.

—¿Por qué...?

—Digamos que ha debido sufrir un accidente, a juzgar por su tardanza—repuso agresivo.

—¿Muerto...?—abrió ella los ojos con fingida sorpresa.

—Pudiera ser.

—¿Usted es...?

—Uno de sus compañeros.

—¿F.B.I.?

Miró a los lados y dijo:

—Sí.

—De acuerdo, Chuck... Subiremos a mi habitación, pero no ahora.

—¿Por qué?

—No es lógico... Acabamos de conocernos. No puedo caer rendida en sus brazos en sólo unos minutos.

Sonrió con un encanto especial, que transmitió al federal.

—Yo le diré cuándo—añadió con inefable coquetería.

Él bebió un largo trago de su vaso y ella le imitó, mirándole de soslayo.

El ambiente del bar era discreto, moderno, y un ligero perfume aligeraba el ambiente.

Una suave música de jazz se dejaba oír de un oculto «pick-up». El «Flying Home» de Lionel Hampton, destacándose el saxo tenor de Illinois Jacket, pensó Drayton.

Estaba a gusto.

—¿Tomará algo más?—invitó.

—No, gracias—repuso ella, retirando el vacío «manhattan».

—¿Me dejará que pague...?

—Le dejaré—dijo con un gracioso mohín.

Él llamó al barman y puso una libra y diez chelines, en dos billetes, sobre el mostrador.

Mientras hacía esto, el rostro de la mujer se había vuelto hacia la puerta y asentía a las señas de dos chinos con sombrero de fieltro que habían aparecido bruscamente.

—Es hora de que tomemos esa copa que le ofrecí, Chuck—dijo.

—Me alegro de que cambie de modo de ver las cosas. En Hong Kong, donde nadie nos conoce ni a usted ni a mí, el sacar un poco los pies del plato no puede sernos perjudicial...

—Eso depende de lo que usted entienda por sacar «un poco» los pies del plato.

Y su sonrisa era tan encantadora, su rostro tan angelical, sus palabras destilaban tal seguridad en sí misma, que Chuck Drayton no pudo menos que dudar entre considerarse el gato o el ratón en aquel difícil juego.

* * *

—Póngase cómodo—le había dicho Berenice Crawford.

Y él se había despojado de la chaqueta, dejándola sobre una silla, y se había acomodado en el amplio sillón.

—Me permitirá que me cambie, Chuck—dijo, entrando en el baño—. Estoy sumamente cansada y me sentará bien tratar este asunto cómodamente.

—Siento no poder ayudarla—observó él.

—Lo celebro..., y celebraría también no verle rozar los límites de la grosería.

—Lamento haberla molestado.

—Todavía no ha llegado a hacerlo—habló desde el interior del

baño—, y no quisiera que nuestra amistad se enturbiara.

—¿Lo sentiría...?

—¿Por qué no? Usted es un buen chico, quizá un poco demasiado espabilado—observó ella.

Salió con un conjunto transparente, que encerró en una bata de tela más gruesa, soltando el cabello por encima del cuello; las piernas desnudas aparecían por entre la tela, a cada paso hacia él.

—¿Qué desea tomar...?—inquirió.

—Lo que usted me ofrezca—repuso, dando doble significado a sus palabras.

Ella sonrió y le atajó:

—Me da igual... Lo que sea tendré que pedirlo al bar.

Tomó el auricular del teléfono inferior y él acusó el golpe, sonriendo.

—Creo que tomaré un whisky.

—También yo.

Y se dirigió ahora al que esperaba al otro lado del hilo.

—Por favor... Suba al veinticuatro una botella de «Queen Anne» y dos vasos.

Colgó y se situó de modo que el «G-man» obtuvo un ángulo inapreciable de su anatomía. Cruzó las piernas, dejándolas al descubierto, como si el sentarse así fuera la cosa más natural del mundo. Los ojos del federal intentaron no fijarse en aquel detalle, pero una fuerza irresistible los llevaba hacia allí, partiendo del escote ampliamente abierto.

—Nuestra conversación será de negocios..., espero—exclamó.

—Por supuesto.

—La escucho.

—Comencé con su compañero Stanley Woodrow un intercambio de relaciones que debían culminar con mi entrega, en este mismo lugar, de ciertas informaciones ultra secretas chino-comunistas.

—Esa es la referencia que tengo.

—Nuestras conversaciones se llevaron a efecto en Pekín.

—Lo sé, y nuestro agente no pudo informar sobre el detalle de ellas por encontrarse fuera de nuestra órbita, por decirlo así.

—Eso no importa mucho... Yo puedo ponerle al corriente de todo lo hablado.

—O. K.

—¿Conoce el precio estipulado por mis servicios?

—No, tampoco pudo informar Woodrow a este respecto.

—Quiero cien mil dólares.

—Mucho...

—La información lo vale.

—¿De qué se trata...?

—Se trata de una ofensiva china hacia la frontera con Vietnam, partiendo de Chungking.

—¡Chungking...!—exclamó el «G-man»—. Tenemos entendido que existe allí un reactor fabricante de plutonio, una de las piezas base en los programas nucleares de Mao.

—Sí.

—¿Otro rumor de ofensiva china hacia el frente de Vietnam...?

—Esto es más serio, Chuck, Se habla de proyectos balísticos...

—Esos amarillos tratan de provocar un conflicto armado a escala mundial, tomando como partida la guerra de Vietnam.

—Eso no es de mi incumbencia.

—¿Qué es de su incumbencia, Nice...?

—Pasar la factura de cien mil dólares por mis servicios a su Gobierno.

—¿Así...? ¿Fríamente...? ¿No le importa la actitud de la China roja hacia los Estados Unidos...? Usted es británica, no lo olvide.

—Eso no cambia nada las cosas, Chuck... Soy una mujer que anda sola por el mundo y a la que el mundo ha mostrado su lado peor. Necesito dinero y lo consigo de cualquiera de las muchas formas que existen.

—Poco agradable...—apuntó el federal.

—Ustedes se están beneficiando en estos momentos de ello—aseveró la mujer—. ¿O se atreve a negarlo...?

—Tiene razón, pero no comprendo todavía cómo puede haber personas que comercien con estas cosas...

—Las hay, Chuck..., y eso debe bastarle.

—O. K., me basta. ¿Qué hay de la información...?

—No la tengo aquí.

—¿Que no la tiene aquí...? Pero usted acordó con Woodrow...

—Con Woodrow, exacto —puntualizó— Y al no verle aquí al llegar, entré en sospechas de que algo no marchaba. No me equivoqué, creo...

—Es usted muy precavida, Nice.

—Una mujer que se dedica a «esto» debe ser precavida..., extremadamente precavida.

—Pero sus informes no valen nada sin algo que lo avale.

—Lo sé. Poseo microfilms de todo el plan de ataque... y de todo el material que se empleará; relacionado como el menú de este hotel, Chuck. ¿Vale o no vale los cien dólares....?

—Posiblemente... ¿Dónde están...?

—No me fío de nadie, federal. ¿Dónde está el dinero...?

—Tengo que conseguirlo.

—Woodrow me dijo que lo traería consigo.

—Pero Woodrow desapareció sin comunicarnos gran cosa de su misión.

—No lo dudo, pero yo no puedo confiar en palabras... ¿Cuánto tiempo necesita para reunir esa cantidad...?

—Un par de días... Tres a lo sumo.

—¡Feliz usted que puede hacerlo en tan poco tiempo,...!—observó con sorna.

—Dentro de tres días... ¿Dónde?

—Yo me pondré en contacto con usted.

—Pero usted no sabe dónde localizarme...

—Le localizaré, esté seguro... Es mi negocio y mi profesión, no lo olvide.

—Es usted...—empezó Chuck.

—¿Qué soy yo, Chuck...?—sonrió insinuante.

Se acercó a ella y, sin saber cómo, sus labios se encontraron a pocas pulgadas de los suyos, sin que hiciera nada por retirarlos.

—... diabólica—terminó.

—¿Sí...?

La besó.

Ella no le rechazó.

Rodeó con sus brazos el turgente busto y puso sus labios en los de ella, esta vez con más fuerza.

De pronto se sintió desplazado por la suave pero firme mano.

—Me agrada que un hombre se sienta atraído por algo más que mis encantos, Chuck...

Se levantó y marchó hacia el baño.

—Me pondré en contacto con usted—añadió— dentro de tres

días.

Drayton se puso la chaqueta y salió de la habitación, sin saber a qué atenerse con aquella mujer, en un sentido y en otro, personal y profesionalmente.

Nice Crawford era una mujer que sabía ir sola por el mundo.

Recorrió el pasillo y se situó el nudo de la corbata al cruzar ante un espejo.

Descendió las escaleras y traspasó el «hall» hacia la salida.

No se dio cuenta, pero tras el recodo que hacía la caja del ascensor, dos pares de ojos le siguieron hasta que desapareció entre la gente que llenaba la calle.

Eran Softy y Ape.

Pero no hicieron el menor movimiento que indicara que se disponían a seguirle.

CAPITULO V

CHUCK Drayton se encontraba en su despacho, dictando a su secretaria las cartas e instrucciones a seguir por el personal de la oficina, concernientes al negocio de celulosa que era su pantalla en Hong Kong.

El interfono parpadeó con su lucecita roja, y Chuck apretó el botón.

Se escuchó la voz de la chica de fuera.

—Unos señores quieren verle, señor Drayton —dijo.

—Estoy ocupado en este momento. Dígales que esperen.

—Dicen tener prisa en hablar con usted—insistió.

—No pueden esperar, ¿eh?

—Así parece.

—¿Son clientes?

—No.

—Un momento.

Se dirigió a su secretaria y le dijo:

—Luego la llamaré. Quizá sean dos compradores que quieren toda nuestra producción de materia prima—sonrió—. No sería bueno hacerles esperar.

La chica salió y se encontró con los dos hombres que esperaban. No tenían aspecto de compradores, pensó.

Entraron en el despacho, y uno de ellos se aseguró de que la puerta de cristales opacos, sobre la que ponía: «Charles Drayton, Mánager», quedaba bien cerrada.

El federal se quedó sorprendido al verles entrar.

Eran los dos tipos que le habían seguido por todo Hong Kong hasta obligarle a abandonar el Austin y tomar a la carrera un autobús.

¡Menuda desfachatez!

Pero le hizo gracia.

—Siéntense, caballeros—dijo.

Los dos hombres se miraron, dudaron unos instantes y tomaron asiento frente a él.

El que parecía más cansado alargó la mano hacia la abierta caja de cigarrillos y tomó dos, ofreciendo uno a su compañero.

Dijo:

—¿Nos permite fumar...?

—Considérense como en casa, caballeros—repuso innecesariamente.

—Es usted muy amable, amigo.

—Séanlo ustedes también y díganme lo que quieren.

El que hablara hizo una estudiada pausa, dio lumbre al cigarrillo y la pasó a su compañero, que miraba a Drayton con las cejas juntas, como si estuviera enfadado con él.

—Nos presentaremos...—empezó—, ya que usted no nos conoce y nosotros a usted sí. Este es Ape y yo soy Softy.

—Encantado de conocerles, caballeros. ¿Qué desean de mí...?

—Es usted muy escurridizo, señor Drayton—comentó, sin contestar directamente la pregunta.

—Y ustedes muy tenaces.

—No le sirvió de nada darnos esquinazo. Como ve, le tenemos localizado.

—En realidad, no era necesario tanto trabajo. Puedo recibirles en mi despacho en horas de oficina, como ven.

—Muy gracioso—comentó el del labio caído—. Pero nosotros no deseamos comprar celulosa...

—En este caso, creo que estamos perdiendo el tiempo...

—No lo creo..., y Ape tampoco lo cree..., ¿verdad, Ape?

Ape hizo un gesto que muy bien pudo ser de asentimiento.

—¿Qué desean entonces...?

—¿Cuánto tiempo vamos a continuar con esta farsa, señor del F.B.I....?

El rostro de Drayton no se alteró lo más mínimo. Exhibió una feliz sonrisa y puso los pulgares sobre el cristal de la mesa, avanzando algo el busto.

—¿Cómo me ha llamado?

—No se haga el imbécil, Drayton.

—No sé de qué me habla.

—Sabemos que estuvo en el Hotel Mayfair y que subió a la habitación veinticuatro con una rubia. No sabemos lo que hablaron, pero nos olemos que están tratando de engañarle, amigo.

El «G-man» sonrió. Aquel tipo no sabía lo que decía. Estaba seguro que se trataba de una de esas parejas de vividores que, en sitios como Hong Kong, pululan husmeando en busca de billetes calientes, del origen que sean.

—¿Quién trata de engañarme, caballero...? —preguntó con sorna.

—Esa rubia, naturalmente.

—¿No cree que soy ya bastante mayorcito para entrar en habitaciones ocupadas por rubias que engañan a los hombres?

—No me refiero a eso... No soy tan idiota...

—¿A qué se refiere?

—A la misión que le ha sido encomendada, federal.

Drayton sintió un ligero sobresalto, pero desechó sus temores. Aquel tipo hablaba sin ton ni son.

—No sé de qué me habla. Vuelvo a repetírselo... Y si es eso todo...

Por primera vez, el cara de simio habló, y lo hizo con su especial lógica.

—Pon las cartas sobre la mesa, Softy —dijo.

—Sí—aceptó éste—; creo que será mejor. El señor Drayton no entiende medias palabras.

¿Qué iría a decir aquel tipo con cara de sueño?

Softy dio una larga chupada al cigarrillo y le miró de frente, soltándole el humo.

—Berenice Crawford—dijo, obligando al federal a sobresaltarse al oír ese nombre—ha «limpiado» a los chinos unos documentos de alto secreto que ha fotografiado en microfilms. La señorita Crawford estaba en contacto con un hombre del F.B.I, llamado Stanley Woodrow para entregarte dicho material, a cambio del pago de cien mil dólares en billetes americanos y de curso legal...

Hizo una pausa, observando atentamente el efecto que sus palabras hacían en el «G-man».

¿Cómo diablos sabían aquellos dos imbéciles lo de Woodrow y la Crawford?

¿Era un secreto a voces?

Lo parecía.

—Seguiré... La señorita Crawford llegó a Hong Kong y se hospedó en el Hotel Mayfair, tal como habían acordado, pero los preciados microfilms no los llevó consigo, como era lógico suponer...

Todo esto lo sabía el federal. Pero el punto actual de la conversación estaba interesándole y deseaba saber qué era lo que Ape y Softy querían decirle.

—Usted se preguntará por qué... La falta de noticias de Woodrow, una vez en Hong Kong, la hizo sospechar que quizá no todo iba como la seda. Puso a buen recaudo lo que para ella valía cien mil dólares y esperó a que Woodrow o quien fuera acudiera a la cita. .

—Muy interesante—exclamó Drayton—. Y yo me pregunto..., ¿qué demonios tienen ustedes dos que ver en el asunto?

—Somos socios de la señorita Crawford.

—¿Ustedes socios de la Crawford?

—Sí. ¿Por qué se sorprende?

—¿Y qué hacían ustedes tras de mí, persiguiéndome por todo Hong Kong como dos mastines?

—Cuando comenzamos su persecución no estábamos completamente seguros de que fuera usted nuestro hombre, amigo. Cuando nos dio esquinazo, comprendimos que se trataba del tipo del F.B.I, que la señorita Crawford nos había señalado.

—¿Señalado...? ¿Qué se proponían siguiéndome...?

—Sencillamente... Liquidarlo.

Drayton no supo si echarse a reír o liarse a mamporros con los dos tipos. Pero le hizo gracia aquel golpe de sinceridad.

—¿Así que estaban dispuestos a enviarme al otro barrio?

—Eran órdenes... Compréndalo—dijo Softy, despreocupadamente.

—Y..., ¿por qué esas órdenes, si puede saberse?

—Woodrow le dijo a ella que tendría que consultar con un federal situado por el Gobierno americano en Hong Kong. Le dijo que se trataba de usted, por si a él le ocurría algo. No interesaba que usted metiera las narices en el asunto, y por eso fuimos encargados de dejar libre el paso.

—Entiendo.

—Eran órdenes—se justificó.

—No se moleste en explicármelo...—repuso, molesto. Y luego preguntó—: ¿Así que ella se deshizo momentáneamente de los microfilms...?

Softy y Ape asintieron.

—¿Quién los tiene...?

—Nosotros los tenemos...—contestó el del labio caído, mirando al otro antes de hablar.

—Mucho debe confiar ella en ustedes dos para hacer eso.

—Somos sus socios—recordó, como si ello fuera suficiente razón.

—Y ahora, ¿qué se proponen ustedes? ¿Ya no piensan en liquidarme?

—Ahora las cosas han cambiado algo. Ella nos confió el material fotográfico y nos dijo que se hospedaría en ese hotel. Nosotros debíamos suprimirle a usted para que no metiera líos. Pero Woodrow, que es quien tenía que pagar, no ha aparecido, y nuestro socio en el negocio no está en el hotel que nos indicó.

—¿En el Mayfair?

—Sí.

—Yo estuve con ella.

—No puede ser. Nosotros le hemos tenido vigilado todo el tiempo y usted no se ha puesto en contacto con ella. Sólo le vimos con esa rubia platino.

Drayton enmudeció por unos segundos. Su mente voló rápidamente a los acontecimientos de la noche de la habitación 24.

Fingió normalidad.

—Claro, tienen razón... Yo no he entrado aún en contacto con la Crawford.

—Creemos que ella ha... desaparecido—vaciló.

—¿Desaparecido...?

—O la han hecho desaparecer—se pasó el dedo por el cuello—, igual que a su compañero Woodrow...

—En ese caso...

—En ese caso, nosotros cambiamos nuestros planes y decidimos negociar con usted...

—Perdonándome la vida—concluyó la frase—, a cambio de cien mil dólares.

El otro no dijo nada. Miró a Ape y luego siguió observándole.

—¿Qué decide...?

—No tengo otro remedio que aceptar. Ustedes están al tanto de todo y saben que esos microfilms me interesan. ¿Cuándo puedo tenerlos...?

—Eso depende de usted y del tiempo que necesite para tener listo el dinero.

—Comprendo... ¿Pasado mañana...?

—De acuerdo. Nosotros le llamaremos para concretar la operación.

Se levantaron y marcharon hacia la puerta, sin esperar que el presunto director de la oficina les acompañara. Salieron al antedespacho y dejaron a Chuck Drayton sumido en un mar de ideas.

Si aquellos individuos eran sinceros, y nada parecía anunciar que no lo fueran, la verdadera Berenice Crawford estaba en aquellos momentos tan fiambre como el pobre Woodrow.

La rubia había intentado jugársela, prometiéndole la entrega de algo que no tenía en su poder.

¿Es que pensaba hacerse con los microfilms en el plazo de tres días? ¿O calculaba tenderle una trampa cuando él apareciese con los cien mil dólares?

Aquello se estaba poniendo caliente, pensó.

Había además otra cuestión. ¿Por qué la verdadera Nice Crawford ordenó que lo liquidaran?

Sólo había una razón, a su juicio. Que pensara jugar sucio con Woodrow, haciéndole la misma jugarreta que la rubia pensaba hacerle a él. Por eso no quería testigos, y ella sabía que Chuck Drayton lo era.

Menudo grupo de traidores se movían alrededor de él.

Incluso aquellos dos cretinos llamados Softy y Ape... Estaba dispuesto a enseñarles a todos con quién se las habían, una vez oliera los microfilms.

Entre tanto, tenía dos días por medio para esbozar e incluso planificar su futuro plan de acción.

* * *

El día señalado por él para la entrega del dinero, el teléfono

repiqueteó a primera hora de la mañana.

Tomó el auricular y contestó con un monosílabo.

Era la voz de Softy. Los dos tipos no parecían dispuestos a perder el tiempo.

—¿Qué hay de eso, amigo...?—dijo.

A Drayton le dio la impresión de que el cretino trataba de imitar a los «gangsters» que se ven en el cine.

Empleó el mismo tono, esperando que al otro le gustara.

—Está listo, caballero.

—O. K. Apunte la dirección que le voy a dar y vaya allí a los doce en punto del mediodía.

Hubo una pausa y el federal dijo:

—Venga esa dirección...

—Lambeth Lane, 12; en el barrio indígena.

—La tengo apuntada.

—No falle—aconsejó Softy—, ni trate de hacerse el listo.

Colgó.

Chuck Drayton dibujó caprichosamente en el papel donde había tomado el apunte, mientras su mente enfocaba la cuestión. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en recibir la llamada de la rubia.

Pasaron dos horas sin que el teléfono sonara más que para ponerle en contacto con clientes y gente vinculada a él por el negocio de celulosa.

A las once, el timbre del teléfono sonó con insistencia.

Lo cogió, con la vaga esperanza de que se tratara de su linda comunicante.

Y era ella.

—¿Señor Drayton...?

—Al aparato.

—¿Ve cómo conseguiría localizarle...?

—Lo que usted no consiga...

Escuchó la risa de ella.

—Es mi negocio, ya se lo dije... Y, ahora, al grano, Chuck... ¿Consiguió eso...?

—Sí.

—Magnífico... ¿Cuándo puedo verle...?

—Usted puede verme siempre que lo desee, encanto—replicó mordaz.

—Estamos hablando de negocios, Chuck...

—Desgraciadamente, así es.

—¿Cuándo...?

—Cuando usted quiera, en serio.

—¿Cuatro de la tarde...? ¿Es buena hora para usted?

—O. K. ¿Dónde...?

—Existe un restaurante indígena en la parte baja de la ciudad, regentado por un chino viejo y tuerto llamado Li Shen. Todo el mundo le conoce. No le será difícil dar con él.

—¿Sólo debo preguntar por Li Shen?

—Sí.

—Li Shen debe ser algo así como Central Park en Nueva York.

—Muy gracioso.

Colgó.

CAPITULO VI

LAS aspas metálicas del ventilador giraban sin descaso, formado un disco brillante, que en su constante ir y venir describía un semicírculo completo, de derecha a izquierda.

Sin embargo, el calor que hacía en la habitación resultaba insoportable; más que eso, opresor.

La estancia estaba envuelta en una ligera penumbra, que hacía difícil discernir los objetos a la primera ojeada, al tener bajadas las persianas de la ventana.

A través de ésta podía percibirse, no obstante, la fuerza del sol del mediodía allá fuera, en el barrio indígena, en la mitad aproximada de Lambeth Lane.

Afuera, el aire se movía lento y pastoso, enviando molestos insectos que se introducían en los interiores, buscando pegarse a la comida, a las personas, a los desperdicios.

Sobre la mesa, el ventilador movía algunos papeles sin lograr desparramarlos, porque un antebrazo colocado sobre ellos hacía las veces de pisapapeles.

El brazo pertenecía a un hombre que parecía dormitar sobre el grueso tablero y que apoyaba en manos y muñecas la cabeza.

Junto al aparato en movimiento había otro hombre, ausente también al parecer de todo lo que les rodeaba.

Algo tenían en común, aparte su modo de vestir, y sus rasgos, identificables como de la raza blanca.

Eran los orificios de bala que rompían el color blanco sucio de sus camisas, poniendo un toque escarlata a aquella apagada sinfonía de colores.

La muerte había surgido sin que ellos la esperaran, como lo demostraba la correcta situación de los muebles. La mesa sobre la que descansaba uno de ellos estaba en el sitio en que debería estar; dos sillas, una de ellas quizá desviada; un mueble de incierta

utilización, lleno de cajones y pequeñas puertas; y el ventilador, como único signo viviente entre tanta quietud.

Sólo otro signo de vida...

Las moscas.

Decenas de moscas surgidas de cualquier lugar acudían al festín, agolpándose insaciables en los dos puntos por donde se escapaba la sangre, aún caliente.

La puerta de la habitación daba al corredor común de la planta, y un par de piezas más completaban el conjunto de la vivienda.

Alguien pasó por delante y se detuvo, escuchando.

Dio unos golpes, suaves golpes.

Esperó unos minutos a que alguien abriera y franqueara la entrada.

Fue en vano.

Los muertos no responden a las llamadas, aunque éstas sean imperiosas.

Volvió a repetir la llamada.

El visitante se extrañó, pues tenía una cita a aquella hora precisamente.

Empujó con cierta agresividad.

Nada.

Entonces comenzó a hurgar con algún extraño objeto, y minutos después, la luz del corredor perfilaba su silueta, en contraste con la penumbra del interior.

Un tufo de humanidad, sudor y comida rancia llegó hasta la nariz de Chuck Drayton.

Susurró:

—¡Eh, caballeros...! ¿Están ahí?

En el mismo instante se arrepintió de haber hablado, aunque hubiera sido en un susurro.

No sabía el motivo del silencio que reinaba en donde dos hombres debían estar esperándole.

Al principio, el cambio operado por un ambiente más oscuro, viniendo de la calle llena de sol y calor, sumió su reducido panorama en una masa negra y sin formas.

Luego, las formas comenzaron a dibujarse.

Antes que los cuerpos inanimados, fueron los dos agujeros llenos de moscas los que sacudieron su atención.

Softy y Ape, los dos cretinos metidos a «gangsters», yacían sin vida, con los miembros flácidos a ambos lados del cuerpo y el rictus amorfo de algo inmutable que había entrado en forma de dos cilindros metálicos.

¡Mala suerte...!, pensó.

Sus dos cretinos negociadores habían sido los poseedores de algo muy importante para su Gobierno, algo por lo que estaban dispuestos a pagar una jugosa cantidad.

Y habían sido sus poseedores hasta hacía sólo unos minutos.

Tocó los cuerpos y las moscas se apartaron instantáneamente, volviendo cuando la mano se separó.

Estaban aún calientes.

¡Pobres imbéciles...! Habían medido mal sus fuerzas.

Ahora era el turno de la falsa Nice Crawford.

Miró el reloj: pasaban diez minutos de la hora concertada con Softy.

Todavía cuatro más para verse con la rubia.

Ahora sabía que existían noventa y nueve probabilidades contra cien de que ella tuviera los microfilms.

¿Quién si no...?

Lo que no era tan seguro es que estuviera dispuesta a jugar limpio.

Después de tantos acontecimientos, tantas muertes gratuitas, pensar en que a uno le metieran una cápsula de plomo entre la nuca y la frente no era pensar en cosas descabelladas.

De cualquier modo, a él le daba igual tratar con unos o con otros. El precio a pagar era el mismo.

* * *

Las horas de intervalo entre una y otra cita pasaron muy lentas para el federal.

Pensó en volver a su oficina y enfrascarse en facturas, cartas de clientes y aranceles de aduana, pero consideró que la hora era buena para tomar algo sustancioso, pese a no sentir el más mínimo apetito.

Chuck Drayton tomó el volante de su «Austin», recuperado nuevamente después de haber sido abandonado frente al puerto.

Tomó la dirección del centro de la ciudad y quince minutos

después desembocaba en Connagauth Road Central, donde su modesto coche se vio empequeñecido por los «Bentleys», «Rolls Royces» y «Jaguars» de suntuosas líneas.

Entró en el «Canton Spring Restaurante» y agradeció la suave brisa del aire acondicionado golpeando su rostro.

El local estaba lleno a rebosar. Una tenue música de cítaras chinas acariciaba el oído, en el tono justo en que se oye y no molesta. Las paredes estaban cubiertas de grandes paneles de papel de arroz invitando a sumergirse en ideales paisajes chinos. Fibra de caña y lámparas de papel aumentaban el efecto de encontrarse en la propia China, aun cuando en el exterior los edificios y la urbanización se empeñaban en desmentirlo.

El «maître» acudió solícito al verle buscar con la mirada. Procedió como si se tratara de un cliente asiduo. Le llamó con un dedo y le precedió al fondo del establecimiento. Habló con varios camareros y en seguida prepararon una mesa, de la que retiró el cartelito de «Reservado» al tiempo que le hacía un guiño significativo.

—Gracias, Chang.

—Una buena mesa para un buen cliente — dijo, dando el tono reverencioso típico de la raza.

—¿Qué me sugieres...? No tengo mucho apetito.

—La cocina china es ideal para personas con poco apetito.

Chuck sonrió.

—Le aconsejo una sopa «Wantung» para empezar—siguió el «maître»—. Luego, unas costillitas de cerdo en salsa dulce, rollos imperiales y chop suey...

—¿Nada más...?—ironizó Drayton.

—Té de jazmín, claro está..., y unas naranjitas en almíbar.

—Estás loco, Chang.

—Se lo comerá todo, señor Drayton. Todo está delicioso.

—Si tú lo dices...—se conformó el federal.

Chang desapareció hacia el fondo y el «G-man» se propuso distraer la espera pensando en el asunto de los microfilms, en la rubia despampanante del 24 y en quién más se movía detrás de todo aquel feo asunto.

Tuvo que aguardar quince minutos a que empezaran a servirle el principio de su pedido. Cuando tuvo delante la sopa, tomó la

cuchara de porcelana y la introdujo en la taza de igual calidad, proponiéndose no pensar más en el asunto hasta que llegara el momento de enfrentarse con su rubia.

* * *

En una cosa no se equivocaba la presunta Nice Crawford. Esto era en la facilidad con que Chuck Drayton encontraría el restaurante regentado por Li Shen, en la parte baja de Hong Kong.

Tuvo que dejar el «Austin» en una de las entradas al barrio indígena. Sus callejas sumamente estrechas y la apelmazada multitud que llena sus arterias hacían imposible maniobrar con facilidad, y poco menos que imposible tratar de localizar el local a base de preguntar.

Los tenderetes multicolores, las banderolas colgando de las fachadas, los signos cabalísticos y gruesos del idioma cuneiforme, el empedrado suelo y los mil olores distintos y extraños del arroz y los tallarines mezclados con docenas de especias exóticas rodearon al «G-man» no bien hubo penetrado en el recinto de la ciudad china.

Después de dar vueltas sobre un mismo sitio varias veces, los diferentes individuos que decían conocer a Li Shen y a su restaurante le enviaron a una revuelta después de pasar una minúscula plazuela.

Aquel era el tabuco de Li Shen, se dijo. Debía haberlo adivinado, pero el idioma de aquella gente representado gráficamente no era su fuerte, a pesar del tiempo transcurrido desde que llegara él a Hong Kong.

El sitio era infecto, tanto como los alrededores.

Ahora tenía que buscar a un chino viejo y tuerto, según le dijera su linda informadora.

El marco perfecto y el personaje idóneo para terminar con un puñal de artístico mango clavado entre los omóplatos.

Echó una ojeada al interior desde la misma puerta y cruzó el umbral después de echar a un lado la mugrienta cortina que tapaba a medias, la entrada.

—¿Li Shen...?—preguntó a un tipo que comía en una mesa próxima a la puerta.

El chino, con aspecto de cargador de muelle, miró hacia atrás, sin dejar de masticar groseramente.

Al fondo, detrás de un mostrador cubierto de palanganas y recipientes llenos de comida, un chino pequeño y arrugado estaba ensimismado en la tarea de condimentar varios guisos que a un mismo tiempo se cocinaban.

Drayton se encaminó hacia él, sin despertar la curiosidad de los comensales ni la del propio dueño.

—¿Li Shen...?—preguntó por segunda vez.

El hombrecillo levantó los cansados ojos hacia él y sus pupilas cobraron un repentino brillo, mitigado por la cuenca vacía.

—Yo soy...

Siguió en su trabajo.

—Alguien me dijo que viniera—dijo el «G-man».

El viejo le miró. No repuso nada. Esto disgustó algo a Drayton, que miró nervioso su reloj.

—Son algo más de las cuatro—observó el viejo—. La persona que lo citó no tardará en llegar.

—Eso espero—contestó el federal.

Li Shen continuó con su tarea, impasible, sin prisas por acabar lo que tenía empezado, como si el tiempo no contara para él, con esa rancia filosofía de los pueblos que viven dormidos en su pasado.

Li Shen no comprendía el nerviosismo que Drayton hacía patente.

El tiempo pasaba y el hombre del F.B.I, se consumía, cigarrillo tras cigarrillo.

—Oiga, amigo—le dijo sin grandes preámbulos—. ¿Es que esa mujer no piensa venir...?

Pasó el tiempo y la aguja de su reloj recorrió seis números.

Tiró el cigarrillo al suelo y enseñó la esfera al viejo.

—Son las cuatro y media y la cita era a las cuatro —le indicó.

El viejo se limitaba a mirarle a los ojos con su única órbita viva. Ningún sentimiento se reflejaba en su mirada, desesperando aún más a Drayton.

Pero por fin le vio hacer algo sensato. Su cabeza se deslizó hacia la derecha y se quedó mirando a la puerta, lo que hizo que Chuck moviera también la suya.

Un hombre acababa de entrar en el establecimiento y el viejo Li Shen decía:

—La persona que le citó está entrando en mi casa.

Sólo eso.

El federal había llegado al colmo de su paciencia.

Media hora esperando a la rubia y ahora no era ella la que se presentaba.

¡Muy bonito...!, pensó.

El tipo era un chino con sombrero de fieltro que, al parecer, prestaba muy buenos y variados servicios a la mujer, solo o acompañado a veces por otro chino de igual catadura.

—¿Señor Drayton...?—preguntó en correcto inglés.

Le fastidió escuchar su nombre en boca de aquel sujeto.

—Yo soy...

—Me envía la señorita.

—¿Por qué no vino ella?

—Ella vino.

Se sintió sorprendido.

—No entiendo.

—La señorita Crawford estaba aquí cuando usted llegó.

Le hizo gracia que aún llamaran a la rubia «señorita Crawford», pero ignoró el hecho.

—Sigo sin entenderlo.

—Usted no acudió a la cita con el dinero, señor Drayton.

Eso era cierto. Pero también lo era que acudir sin los cien mil era la única garantía que tenía de no acabar como Woodrow, Softy, Ape y la propia Crawford.

Claro que esto no podía decírselo a aquel tipo.

Por eso dijo en cambio:

—He de saber si ese material vale verdaderamente lo que esa mujer pide.

—¿No se fía...?

—Sería un tonto si me fiara.

—Nosotros no podemos mostrarle los documentos fotografiados, someterlos a su estudio sin haber cobrado antes el precio estipulado. En tal caso, los microfilms carecerían de valor.

—No creo que me fuera posible retener su contenido en un solo golpe de vista—argumentó el «G-man», notando nuevamente el desagrado que le producía aquel sujeto.

—No es eso, amigo—repuso el oriental—. Usted sabe que existen esos microfilms y que su Gobierno está interesado en poseer la

información. Usted está seguro de que en estos momentos los únicos que pueden tenerlos en sus manos somos nosotros...

—¿Por qué he tener esa seguridad?

—Vamos, vamos, señor Drayton...—sonrió torcidamente—. No me irá a decir que esos dos individuos de Lambeth Lane esperaban a Santa Claus... Nadie espera a Santa Claus a las doce del mediodía... Además, aún falta mucho para Navidad.

—¿Así que fueron ustedes los que asesinaron a esos dos hombres y robaron los microfilms...?

—Eso ya lo sospechaba usted, señor Drayton. La señorita Crawford le prometió poner a su disposición los valiosos microfilms y usted prometió pagar por ellos cien mil dólares. Tiene que confiar en nosotros. No le queda otro remedio.

—«O.K.», amigo. ¿Dónde es la nueva cita...?

—Esta deberá ser definitiva, señor Drayton. No podemos pasar el tiempo jugando al ratón y al gato...

—Por supuesto... Esta será definitiva.

—En tal caso, tengo instrucciones para que mañana a esta misma hora se presente usted en la isla de Stonecutter, al otro lado de la bahía.

—¿Qué debo hacer allí...?

—Poca cosa..., esperar.

—¿Esperar qué...?

—Sólo esperar. Ya saldremos a su encuentro, desembarque por donde desembarque. Ni qué decir tiene que deberá presentarse solo y con el dinero.

—Por supuesto. Era innecesaria la aclaración.

El chino le miró un momento y luego salió.

CAPITULO VII

LA rápida gasolinera surcaba las aguas de un tono azulado a la mayor velocidad posible de su motor de 6 HP, cual si quisiera ganar cuanto antes la proximidad de la isla.

De pie en la popa, Chuck Drayton hacía lo posible por mantener la verticalidad en el reducido espacio que ocupaba, sosteniendo en la mano una maleta de normales proporciones, para usos comerciales.

Tras él, cada vez más atrás, quedaban los abigarrados puñados de sampanes, juncos, barcos de diferentes calados y barcazas que se apiñaban en la bahía de Hong Kong.

Chuck Drayton había contratado la pequeña embarcación de madera y fibra de vidrio y ahora el capitán tenía puestos sus cinco sentidos en ponerle a él en la isla de Stonecutter lo antes posible, para así volver a la ciudad en busca de nuevos fletes.

El cielo estaba completamente despejado y sólo algunas nubes enturbiaban algo la luminosidad del sol.

La silueta rocosa de la isla se percibía a simple vista y todo hacía suponer que la gasolinera llegaría en menos de una hora.

Drayton agarraba con fuerza el asa del maletín. Dentro se suponía que viajaba una porción de billetes de Banco que despertarían la curiosidad y la codicia de cualquiera.

Mientras la embarcación avanzaba a todo gas, poniendo a prueba las previsiones de sus fabricantes, el «G-man» pensaba en lo que le esperaba allí, al final de su viaje. Conocía la isla de oídas, y sabía que sus posibilidades de moverse con facilidad allí eran inferiores a las que hubiera tenido en un centro populoso como era Hong Kong.

Pero precisamente por esa razón había sido escogida la isla.

Nadie en absoluto sabía que él estaba en camino hacia allá. Nadie, salvo la persona que a través del consulado americano le

había facilitado el dinero que la Crawford pedía. Pero el federal no podía contar con esta persona. Su relación con él no era más que a nivel de funcionario. Su doble personalidad, la tocante a miembro del F.B.I., era tan desconocida para el otro que Drayton no había querido insinuar nada.

Luego estaban los tipos de la C.I.A.

En Hong Kong se movían varios agentes de la poderosa C.I.A. (Central Intelligence Agency), pero sus instrucciones habían sido que se mantuviera al margen de cualquiera y todos ellos.

El asunto de los microfilms había sido pasado directamente al F.B.I., en Washington, por el Pentágono. Las relaciones entre F.B.I. y C.I.A. no eran muy cordiales en aquellos momentos, debido a formas de entender la actuación de cada uno por el otro. El F.B.I., a través de sus agentes, se sentía capaz de llevar a cabo cualquier misión que se le encomendara, y había que demostrarlo.

Estas eran razones suficientes para que Chuck Drayton actuara solo, en la más completa individualidad.

Esto, y el hecho de que no se encontraba otro federal a muchas millas a la redonda. Un federal que conociera Hong Kong igual que él lo conocía. Un federal libre en aquellos momentos del cumplimiento de una misión. Un federal que pudiera ayudarle.

Y él, él no podía dar a entender que necesitaba ayuda, ya que Broderick y el mismo Hoover estimaban que la misión era para un par de hombres, Woodrow y él, o para uno solo en caso de desgracia. ¿Necesitaba él en aquellos momentos la ayuda de alguien?

Esa pregunta no podía contestarla nadie, igual que nadie era capaz de leer en el alma humana.

Eso dependía de las intenciones de la rubia de la habitación 24, de los tipos que la acompañaban y de la organización en que estuviera metida.

¿Trabajaban particularmente?

Es lo que habían estado dando a entender al pedir dinero a cambio de la información fotografiada.

Si no era así, si trabajaban para otro Gobierno de la otra parte, si sus intenciones eran otras..., entonces la cosa cambiaba, y él estaba siendo objeto de una maquinación;

Es lo sabría cuando llegara a la isla.

No antes.

No había otra solución que esperar a pisar tierra.

Miró al capitán y éste le devolvió la mirada señalándole hacia proa. La isla se perfilaba cada vez más próxima. El ruido del motor ensordecía incluso el golpear del agua contra la quilla.

Y Chuck Drayton sintió un hormigueo en los extremos de las manos.

* * *

La gasolinera aminoró la marcha y se acercó lentamente al embarcadero de madera renegrida. La espuma del agua tocaba la embarcación y la estela que dejaba no era tan profunda, sino más suave.

El federal continuaba en la popa de la embarcación, en el mismo sitio, dando la impresión de no haberse movido en absoluto.

Echó una ojeada nerviosa al maletín.

El capitán se volvió a él.

—Ya hemos llegado a nuestro destino, señor —dijo.

—Sí.

—Hemos llegado pronto, ¿no?

—Sí, no ha estado nada mal.

Se acercó a él y Drayton sacó unos billetes del bolsillo.

—Es lo acordado, ¿no?—dijo, mientras observaba al otro contar.

—Justo, amigo—le tendió la mano.

El «G-man» la estrechó.

Un marinero de tez oscura y rasgos asiáticos tomó el bichero y aproximó la nave ayudándose con él, en la misma proa.

Otro marinero de iguales características observaba la operación con una maroma enrollada en la mano, dispuesto a enlazarla al embarcadero en cuanto la distancia lo aconsejara.

Por fin, apagado el motor de la embarcación, el marinero maniobró diestramente y la gasolinera quedó sujeta.

—¿Le esperamos, amigo?—inquirió el capitán, que se encasquetó la gorra azul.

—No, no sé el tiempo que estaré. Ya alquilaré otra a mi vuelta—respondió el «G-man».

—Como quiera...

Drayton saltó a tierra, siempre con el maletín en la mano, sin

dejarlo un momento.

El capitán del pequeño barco se enfrascó en una conversación con los dos marineros, empleando un dialecto que era completamente desconocido para el federal.

Se imaginó al recio capitán como uno de aquellos individuos que salieron de Inglaterra hacia las colonias y que, una vez cumplidos sus compromisos con la Corona, permanecieron en cualquiera de los puntos del vasto imperio británico, ganados por el exotismo de aquella vida, tan distinta a la de la rubia Albión.

Chuck Drayton, siguiendo las instrucciones del chino del restaurante de Li Shen, se dedicó los siguientes minutos a caminar por las inmediaciones del toco embarcadero.

Algunas gasolineras similares a la que le había traído allí, se movían perezosas junto a los pilares de madera.

Unos centenares de yardas más allá comenzaban las primeras edificaciones, de madera en su mayor parte y sin el menor vestigio de vida, simbolizado por el humo que en cualquier sitio habitado se escapa por las chimeneas.

Estas, de latón negro y sucio, permanecían inactivas, igual que el ambiente que rodeaba al «G- man».

Mucho más lejos se veían algunos pescadores, tejiendo redes unos, fumando tranquilamente otros, charlando amistosamente los demás, pero su presencia era tan lejana que ni uno de ellos reparó en la llegada de la gasolinera ni mucho menos en la figura del hombre del F.B.I, hollando la pedregosa arena.

¿Cuánto tiempo tendría que estar allí, esperando con el maletín en la mano?

Le habían dicho que, desembarcara por donde desembarcara, pronto le localizarían. Supuso que se debería a lo reducido del área de la isla y a que la mantendrían en su conjunto en continua vigilancia.

Escuchó el ruido de la gasolinera que había sido su medio de locomoción. Miró atrás y vio el capitán maniobrando para alejarse del embarcadero.

Correspondió a su saludo.

En pocos minutos, la pequeña nave no era sino un punto en la distancia.

Continuó sus paseos, apretando fuertemente el maletín.

Mientras lo sujetara con fuerza estaba seguro de que su vida valía algo.

Oyó un rumor de motor, fuerte, fuera del alcance de su vista.

Por detrás de unas casas apareció un «Land Rover» todo terreno que tomó la dirección en que él se encontraba. Rápidamente pensó que era a él a quien buscaba. Se lo dijo la presencia del chino que viera en el restaurante de Li Shen, que ahora tomaba el asiento junto al conductor.

Tanto éste como el tipo que se hallaba detrás eran de la misma raza, inescrutables y amarillos como limones.

¡Ya estaban allí!

El coche dio un amplio viraje y quedó frenado a unos diez pasos del hombre del F.B.I.

Saltó a tierra el chino que ya conociera y se aproximó a él.

Sin razón que lo justificase, miró a todos lados mientras se acercaba. También lo hizo Drayton, sin saber por qué.

Nadie a muchas yardas alrededor.

Sólo los solitarios y ocupados pescadores allá más lejos.

—Bien venido, señor Drayton—dijo el chino.

Seguía molestándole oír su nombre en labios como aquellos.

—Han sido ustedes bastante puntuales—respondió. No era momento de exagerar susceptibilidades.

—Le hemos visto llegar en la gasolinera. Hemos estado esperando que el capitán pusiera rumbo de nuevo a Hong Kong.

—Son ustedes muy precavidos.

—Cumplimos órdenes.

—«O.K.» Estoy a su disposición. Traigo el dinero.

—Sí, ya lo veo. En esta ocasión se muestra usted menos receloso.

—¿Trae usted los microfilms?

—No, señor Drayton. Creía que había comprendido que mi importancia en todo esto es ínfima. Sus tratos son a mayor escala.

—¿Es con ella con quien he de hablar...?—se refirió a la rubia.

—Sí; es la señorita Crawford quien le espera.

—Vamos, pues. Deseo acabar este asunto lo antes posible.

El chino sonrió.

Le indicó con un gesto de la mano el camino hacia el «Land Rover».

—Pase atrás—le indicó.

Chuck Drayton tomó asiento junto al otro chino, que le miró como quien echa un vistazo a un libro en una lengua extraña.

El otro tomó su plaza delante y el conductor puso el vehículo en rodaje, ya que había mantenido todo el tiempo el encendido abierto.

Subieron al declive que antes habían bajado y al volver la esquina el federal se encontró con un camino que se adentraba en la espesura. Justificó el uso del «Land Rover».

—¿Está lejos...?—inquirió.

El de delante se volvió a medias.

—No.

Luego añadió:

—Ustedes los occidentales son muy impacientes, y los americanos más que los ingleses. Tienen ustedes la sangre muy caliente, y en asuntos de este tipo es preciso mantenerla lo más fría posible.

El federal no tenía ningún interés en ampliar el campo de sus conocimientos filosóficos. Le dejó hablar, no obstante.

—Nosotros somos diferentes —continuó—. Para nosotros el tiempo no existe.

Los otros dos no despegaban los labios. Como si no entendieran lo que el otro decía o no estuvieran allí.

La espesura rozaba los lados del coche, fustigando a veces la carrocería cubierta.

Durante cosa de diez minutos siguieron metiéndose por caminos abiertos en el bosque. Luego avistaron una casa.

Era un edificio de dos plantas, algo grande para el sitio en que estaba construido, pero no demasiado para llamar la atención de cualquiera.

No tenía jardín, cobertizos o cualquier dependencia que supusiera que los ocupantes vivían aislados del resto del mundo.

Era sólo eso, una casa normalmente conservada y enclavada en medio del bosque, en un claro que los propios constructores habían habilitado.

—Ya estamos—dijo el chino.

—Ya lo veo—contestó Chuck.

El coche rodó a la misma velocidad hasta encontrarse delante mismo de la fachada anterior y, aún en la misma puerta, su frenazo

fue tan seco e inesperado que todos se vieron empujados por la inercia.

El chino bajó el primero, dirigiéndose a la puerta y volviendo la cabeza hacia él cuatro o cinco veces en el corto trayecto.

Le hizo señas con la mano y Drayton le siguió, agarrando siempre la maleta.

No supo lo que los otros dos hacían, pues su primer impulso había sido de permanecer en el interior del vehículo y luego no había hecho nada por imitar al otro.

Vio al de delante dar unos golpes en la madera y esperar, mirando hacia él.

Franquearon la entrada y entraron uno detrás del otro.

Atravesaron el vestíbulo, decorado en estilo chino auténtico y Drayton vio reflejada su imagen en el espejo de artística cornucopia rematada por un dragón retorcido sobre sí mismo.

El chino abrió las amplias puertas de corredera y se vieron inmediatamente introducidos en un «living» de grandes dimensiones, en el que varias personas parecían esperarle.

Los muebles de laca rojo y negro parecían rivalizar en buen gusto y suntuosidad con los mil detalles que adornaban la estancia: pebeteros, abanicos, pequeños cetros, guarda-tés de porcelana, teteras y jarrones de exquisita factura y lacas de Fu Tcheon.

Chuck pisó la gruesa alfombra de diminutos dibujos y cruzó las manos por delante, sujetando el maletín.

Una de las personas que le aguardaban era la rubia de la habitación del hotel Mayfair. Le miraba sonriente.

Había también un individuo de rasgos exóticos, aunque no enteramente asiático, a quien el «G-man» calculó unos cincuenta años. Vestía correctamente y estaba fumando en aquel instante un cigarrillo que despedía un agradable perfume.

—Este señor es Chuck Drayton—dijo la mujer a guisa de presentación. Se había dirigido con cierta deferencia al hombre que fumaba.

El chino que acompañara al federal no había hecho por salir, aumentando a tres el número de orientales que ahora había allí. Los otros dos estaban en pie a ambos extremos de la rica estancia, como si formaran parte del decorado, sin mover un solo músculo.

El hombre expelió una bocanada.

—Así que usted es un agente del F.B.I.—musitó—. Supongo que traerá el importe de los microfilms que le interesan.

Chuck miró a la muchacha. Había cruzado las piernas y le mostraba por segunda vez el espectáculo incomparable de su anatomía.

—Esta maleta no contiene camisas—replicó mordaz sin dejar de mirar a la chica. Esta no pudo evitar una sonrisa que en seguida borró de sus labios.

—No es usted muy agradable—comentó el tipo.

—Me gusta ir al grano, señor...

—Smith—dijo muy cortante.

—«O.K.», señor Smith. Le decía que me gusta ir al grano en asuntos de negocios. Y sobre todo en este asunto específico.

—¿Podremos contar el contenido de ese maletín?

—¿Podré mirar el objeto de este pago?—remedó el «G-man».

—Por supuesto, no es usted quien está en mejores condiciones para exigir cómo se van a desarrollar los acontecimientos a partir de ahora, señor Drayton—exclamó sombrío el individuo que decía llamarse Smith.

Aquellas palabras no terminaron de gustar al federal, que adivinó algo turbio en el ambiente. Los tres pistoleros permanecían en sus puestos, rodeando el reducido espacio en que se encontraban Chuck, Smith y la mujer.

—¿Qué quiere decir...?—dijo, pensando en cómo llegar a la funda sobaquera en caso de necesidad.

—Es usted un imbécil, amigo—enseñó el otro los dientes—. Y si toda su organización es así de incauta, no les auguro un gran porvenir.

Sus ojillos rasgados sonrieron al mismo tiempo que sus labios, finos y cortantes como los de una serpiente de cascabel.

—¡Desarmadle... I—exclamó.

Drayton se quedó petrificado. Tenía las manos ocupadas con el maletín del dinero, por lo que un movimiento en busca de la funda interior se hubiese visto muy dificultado.

Por otra parte, los pistoleros de cara de limón esperaban la orden, pues vio en sólo segundos aparecer en sus manos sendas pistolas, y el contacto del cañón de otra más se le clavó en la espalda, recordándole que su amigo el del restaurante permanecía

vigilante.

CAPITULO VIII

—HA sido usted un imbécil al caer en la trampa con tanta facilidad, amigo — rió el hombre, que no había dejado de fumar su aromático cigarrillo.

—Ya le dije que el hombre del F.B.I, era un incauto—observó ella, mirando sonriente al que parecía llevar la voz cantante en todo aquel asunto.

—¿Quiere darnos el maletín...? Sin tonterías —recalcó.

Drayton lo alargó y el chino que estaba detrás lo cogió, pasándolo al señor Smith.

Entre él y la mujer lo pusieron sobre la mesita de laca que separaba dos sofás y accionaron en la cerradura, saltando ésta con suma facilidad. Abrió la tapa y fue entonces cuando entró en funcionamiento el mecanismo de seguridad de la valija.

Fue como un fogonazo de flash y un humo espeso y blanco saltó a la cara de los que manipulaban, llenando instantáneamente el lugar.

Era el momento que Drayton esperaba.

El chino que hasta un momento antes estuviera a espaldas suyas se había desplazado para atender la petición de su jefe, por lo que en aquel momento estaba a su derecha. Los otros dos estaban tan confundidos como el resto de los presentes, y sus ojos habían volado instintivamente a Smith y la mujer.

El federal metió la mano entre la chaqueta y la camisa y sus dedos se afirmaron alrededor de la culata de cachas nacaradas, que salió al exterior con la celeridad del rayo.

Percibió el movimiento de los tres pistoleros en rotación hacia él.

Su revólver «All Police Positive» apuntó con calculado tino y despidió una lengua de fuego que alcanzó al tipo que tenía más cerca, a quemarropa, quizá escogido entre todos por ser el que peor

le había caído.

El chino hizo un grotesco gesto de asco y sus dedos se negaron a sostener por más tiempo el arma que había parecido peligrosa en sus manos.

El humo blanco y pastoso se había disipado algo y la chica y el hombre salieron de la inofensiva nube frotándose los ojos.

Miraron a la maleta y vieron, perfectamente delineados y empacados, fajos de billetes que sumarían la cantidad pedida.

—Los traje—dijo Smith.

—Sí—confirmó ella.

Drayton, al ver caer a su enemigo más peligroso, volvió su revólver hacia los otros, esquivando sus disparos y poniéndose a cubierto tras un mueble.

Los chinos también buscaron refugio, ocultándose del plomo del federal.

A Drayton no le convenía seguir allí dentro ni un minuto más. Sabía que había más pistoleros, que la casa estaba infestada de ellos, según las apariencias.

Tenía que salir de allí.

La puerta estaba próxima a él y recordaba que se abría por el sistema de corredera.

No lo pensó dos veces.

Se lanzó hacia el dorado dragón que hacía las veces de picaporte sin cerradura y empujó, dejando un hueco suficiente para pasar. Dos balas silbaron buscando su cuerpo y los proyectiles entraron por el hueco al vestíbulo.

—¡Que no escape...!—rugió Smith.

Pero ya el federal estaba en el «hall», con el arma en la mano y dispuesto a hacerla detonar en cuanto vislumbrara el primer obstáculo humano.

Pensó a marchas forzadas.

En la entrada había dos tipos, que habrían oído las detonaciones y se dispondrían a entrar de un momento a otro.

Efectivamente, ruido de pasos fuera le confirmaron su temor.

Otro había acudido a recibirles, por lo que andaría por allí cerca.

Como si hubiera estado esperando que pensarán en él, el chino apareció armado con una pesada Luger, que parecía aún más

grande en su mano menuda.

Chuck disparó sin darle tiempo a que alcanzara el vestíbulo, proveniente de la cocina.

El oriental se paró en seco y arrugó mucho la nariz, cayendo redondo hacia adelante.

El «G-man» vio moverse el pomo de la puerta y escuchó voces de alarma en los que trataban de llegar, que debieron oír muy cerca el disparo que había hecho.

Los otros dos del «living» salían también, a juzgar por el alboroto que armaban.

Volvió sobre sus pasos y cerró de un golpe las puertas corredizas, dando un sonoro portalón a uno de ellos, que en aquellos momentos asomaba materialmente la nariz.

Escuchó el ruido detrás de la puerta del «living» y una maldición en chino que no entendió, pero que fue fácilmente traducible.

Los de fuera no podían entrar por sí mismos. La puerta tenía que ser abierta por dentro y forcejeaban al tiempo que llamaban al de dentro.

El de dentro, sin vida, se desangraba sin poder responder a la llamada.

Pero la situación era insostenible para Chuck Drayton.

Tenía que salir de aquella encerrona.

Vio desde donde estaba la escalera que subía, pero la desechó. No le convenía subir a la planta superior, pues la salida sería más difícil. Le interesaba recorrer la casa por aquella misma planta.

Se metió por una puerta, la misma que había utilizado el que yacía en el suelo del vestíbulo, y sus fuertes zancadas le llevaron a la cocina.

Para suerte suya, la cocina tenía como es costumbre en aquel tipo de construcciones una puerta exterior.

No tardó mucho en valerse de ella.

Cuando se encontró en plena naturaleza, respiró.

Ahora, que le buscaran.

Pero no iba a dejarlo para otro momento. Los que salían del «living», uno de ellos sangrando abundantemente por la nariz de resultas del golpe, abrieron la puerta de la calle y los otros dos del coche se les unieron.

Registraron primero la parte de la cocina y vieron la puerta

abierta. Dedujeron que había escapado por allí y salieron en su busca.

El espacio inmediato a la parte posterior de la casa era tan solitario y abrupto como el que había seguido con el «Land Rover».

Otearon los alrededores como aves de presa, olisqueando el aire como si él fuera a traerles un aroma especial..., olor a agente del F.B.I.

Chuck Drayton se había separado de la casa y buscaba rodear el paraje de forma que los despistara, con el exclusivo objeto de hacerse con el «Land Rover».

Estaba a diez minutos del lugar en que desembarcara y el único modo de llegar pronto y sin peligro era el coche, único vehículo que viera en la casa.

Tenía que hacerse con el coche antes que el tal Smith y la chica lo utilizaran, ahora que eran dueños de los microfilms y del dinero.

Por otra parte, no creía que aquel tipo se largara sin antes haber visto con sus propios ojos el resultado de la caza de que estaba siendo objeto por parte de sus hombres.

Se alejó hacia la derecha, ocultándose entre unos arbustos que crecían entre peñas. Sabía que no tardaría en verles llegar. Recargó el revólver con proyectiles que llevaba en el extremo del cinturón, por la parte interior.

Fueron menos de diez minutos de espera. Los pistoleros de Smith recorrían la zona abiertos en abanico y con un cuidado y soltura que evidenciaban el perfecto conocimiento que poseían de los alrededores de la finca.

Le pareció que eran lo menos seis los que le buscaban y se preguntó si serían todos los hombres de que se disponía o habría quedado alguno en la casa.

Le hubiera gustado no tener que hacer uso de la fuerza, con el fin de no arriesgarse a hacerse visible, pero la disposición en que avanzaban los amarillos le decía que uno de ellos pasaría muy cerca de donde él estaba, y que tendría que silenciarlo o vería más tarde o más pronto sus huellas.

Ya sabía quién de la media docena aproximada era el que tenía que ser abatido.

Se pegó aún más a la pared que le hacía a la vez de escondite.

Calculó que tardaría sólo dos o tres minutos en llegar allí, ya

que incluso oía el rumor de su ropa al rozar la hojarasca.

Se ocultó completamente.

El chino estaba ya cerca. Oía su respiración acompasada. Sus pasos también.

Era preciso no darle tiempo a que diera la alarma. Sus compañeros debían seguir su incesante búsqueda sin darse cuenta de su falta. Para ello tenía que ser contundente. Contundente como un rayo que pulveriza lo que toca.

Allí estaba.

Lo vio perfectamente, buscando un indicio, siguiendo un rastro que había creído ver en el suelo.

Se volvió a su izquierda, dando la espalda a Chuck, a sólo unos pasos de distancia del agente federal.

Era el momento.

¡Aquel era el momento!

Lo hizo.

Saltó de donde estaba encaramado y, en el mismo momento que caía sobre su espalda rodeó su cuello con el antebrazo desarmado, apretando y evitando así el grito que hubiera escapado de su garganta.

La culata del revólver cayó fulminante sobre el cráneo, hundiéndolo y haciéndole salpicar y manchar el metal. Escuchó un ronco gemido y los miembros se relajaron pesadamente. Lo depositó como si se tratara de un fardo.

Ahora, aquel trozo de camino de vuelta a la casa estaba expedito.

¡Ojalá llegara a tiempo!

Avanzó siguiendo el mismo camino que había traído el chino y en pocos momentos avistaba de nuevo la casa, esta vez alegrándose de ello.

La rodeó completamente, escondiéndose tras la esquina que daba al frente, desde donde vio el «Land Rover» en el mismo sitio en que sus ocupantes lo habían dejado.

Nada hacía presentir que hubiera alguien, por las inmediaciones. La calma era absoluta y todo estaba sumido en una completa quietud.

Smith y la Crawford, dos nombres ridículamente falsos, pero los únicos que le ayudaban a identificarlos.

Smith y la Crawford estarían dentro, en el «living» ridículamente decorado, contando los billetes, esperando el regreso de sus pistoleros con el cadáver del «G-man», o haciendo planes para escapar con el dinero y los microfilms.

Pero él les iba a aguar la fiesta.

Dio vuelta al recodo y avanzó pegado al muro, sosteniendo con fuerza la pistola, tan fuertemente que los nudillos blanqueaban.

Era toda la rabia contenida contra aquella pareja la que le hacía apretar la culata del arma.

Sus pasos se movieron sigilosos, pero rápidos, hasta alcanzar la puerta.

Nadie se movía alrededor, absolutamente nadie.

Accionó en el pomo, pero estaba cerrada.

Soltó una maldición. Había creído que con el tumulto provocado nadie se habría preocupado de cerrar la puerta, pero comprendió que se había equivocado.

Sólo tenía una salida. Probar por la puerta de la cocina. Quizá no hubieran cerrado aquel acceso, ya que según recordaba sólo había un pestillo que se cerraba por dentro, y todos los que habían utilizado la puerta posterior habían salido, pero no habían entrado.

Un destello de esperanza se apoderó de él. Tenía que actuar por sorpresa. No sabía el número de enemigos con los que tendría que enfrentarse ahora. La sorpresa era necesaria. También la rapidez. Tenía que entrar antes de que Smith y la chica decidieran cambiar los planes y abandonar la casa.

Dio otra vez la vuelta a la casa y vio la puerta de la cocina entornada.

Entró.

Ni un ruido se oía en el interior, pese a lo cual supuso que la pareja continuaría en la misma estancia en que los había dejado.

Cuestión de psicología.

¿Cuál era el sitio más confortable de la casa?

Atravesó las piezas de servicio y penetró en el «hall».

Desde allí vio la abierta puerta corrediza, pero no escuchó rumor de conversaciones ni distinguió a nadie.

Tenían que estar allí, pensó tercamente.

Atravesó la porción que le distanciaba de la puerta y miró dentro, desde la misma entrada.

¡Absurdo...!

No había nadie.

Pero siguió pensando que debería haber gente dentro. La chica y el otro.

¿Cómo se entendía aquello?

Sobre la mesita de laca entre los dos sofás estaba el maletín que él había traído, conteniendo los fajos de billetes que desde donde estaba podía apreciar.

¿Dónde diablos se habían metido...?

Dio un paso adentro y en ese mismo instante se arrepintió, pero ya era tarde. La mano armada del tal Smith se abatió contra su muñeca y sintió un dolor tan terrible que tuvo que soltar el revólver.

A ambos lados de la puerta, dos redondas bocas metálicas le miraban con insistencia.

Smith y la Crawford le encañonaban.

—¿Creyó que estaba tratando con idiotas, señor Drayton?—dijo sibiloso.

Sintió rabia contra sí mismo.

—Siéntese ahí y charlemos, amigo—dijo ahora más sociable, pero apuntándole igualmente.

Chuck dio unos pasos y se sentó en el sofá, frente al maletín con el dinero.

Smith rodeó el otro sofá y se colocó en el extremo opuesto, frente a él, poniendo entre ellos la mayor distancia posible. La chica se sentó en un brazo del sofá, también fuera del alcance del «G-man».

Los dos revólveres le apuntaban rectamente.

Chuck miró hacia donde había caído el suyo, pero su mirada fue captada.

—No piense en volver a utilizarlo—dijo Smith—. No le daré oportunidad. Ahora, vamos a esperar sin impacientarnos la vuelta de mis muchachos. Cuando comprueben que usted no está por allí, acudirán hacia acá. A propósito, le felicito por la rapidez con que ha conseguido regresar. Mis muchachos son excelentes rastreadores y ha sido una buena hazaña despistarlos como usted ha hecho, en tan corto espacio de tiempo. ¿Verdad, Samantha...?

Ella asintió, sonriente.

El federal esbozó asimismo una sonrisa de incredulidad.

—¿Samantha...? ¡Vaya, vaya...! Por fin escucho una palabra de verdad en todo este sucio asunto... De modo que su nombre verdadero es Samantha y no Berenice Crawford...

Smith miró a la chica y luego le miró a él.

—Usted es un estúpido, mi querido amigo, y permítame que se lo repita una y otra vez, pero siento cierto placer en decirle a un sucio yanqui que es un idiota. Sobre todo si se trata de uno de esos pseudo-superhombres del F.B.I, o de la C.I.A.

—Ya sé que usted nos considera retrasados mentales, amigo Smith. Pero aún no ha acabado todo.

—¿Qué pretende decir...? ¿Que sus amigos de Washington le van a salvar en el último momento? Eso sólo se ve en los films, amigo. Para usted ya ha sonado el último minuto de su vida. Usted está solo en Hong Kong y nadie absolutamente sabe que pertenece al F.B.I., salvo nosotros. Lo que creían ustedes que sería una garantía de seguridad para guardar el incógnito de su doble personalidad, en este caso le va a perjudicar. Nadie absolutamente reparará en su falta, como no sea el personal de esa oficina de negocios de celulosa.

—Tengo todavía negocios pendientes con algunos de mis clientes de celulosa. ¿No podría terminar las operaciones antes de que ustedes acabaran conmigo...?

—No se haga el gracioso, amigo.

—Como quiera, Smith. ¿Es ese su nombre? ¿O tampoco es el verdadero?

El hombre rió.

—Los nombres no tienen importancia. Usted es el único que ha utilizado el suyo verdadero en esto. La señorita es Samantha Hopkins, una ciudadana británica a nuestro servicio, que suplantó a Berenice Crawford con indudable éxito.

—¿A su servicio? ¿A quién se refiere usted al hablar, señor Smith?

—Al Gobierno de la China popular, claro.

—Pero usted no es chino...

—No, no lo soy, como lo demuestran mis rasgos euroasiáticos. Soy mitad chino, por ascendencia paterna, y mitad inglés, por mi madre. Mi nombre es Ralph Tchiang...

—¡Ralph Tchiang...!—exclamó Chuck sin poderse contener.

El euroasiático sonrió.

—Parece que mi nombre no le es del todo desconocido.

—¿Quién no conoce en los Servicios Secretos a Ralph Tchiang, uno de los consejeros del gabinete de Lin Piao, el ministro de Defensa de la China popular?

—Y uno de sus brazos ejecutores—añadió—. Eso es lo que dicen... ¿No, Samantha?

—Eso dicen, señor Smith...—replicó en son de burla.

Rieron la broma.

—¿Y qué hace en Hong Kong un personaje de su importancia, señor Tchiang?—preguntó el federal.

—Puede decir que ha intervenido en un asunto muy importante, amigo. Los microfilms que su compañero Woodrow y la señorita Crawford obtuvieron del plan de ataque y ayuda al Vietcong me obligaron a tomar parte activa en esto.

—No entiendo por qué no regresó a Pekín una vez consiguió los microfilms.

—Muy sencillo. Hay que acabar con la raíz del mal. Y usted es esa raíz en Hong Kong. Nosotros no sabíamos si existía algún enlace más y desaparecer de aquí sin esa seguridad y sin acabar con usted, era tanto como exponerse a recibir la visita de otro de sus hombres. Ahora sabemos que es usted el único que conoce el desarrollo de este asunto. Eliminado usted, todo volverá a su cauce normal.

—Muy inteligente. Su cauce normal es el ataque por sorpresa de las fuerzas americanas en Vietnam, ¿no es eso?

—Los americanos serán barridos por el Vietcong, amigo—repuso, masticando las palabras, Tchiang.

—Eso está por ver.

—No conseguirá sacarme de mis casillas, «G- man».

Se escuchó ruido de pasos en el exterior.

—Los muchachos vuelven—dijo Samantha.

Efectivamente, procedentes de la cocina entraron en la casa varios pistoleros que reflejaban en sus rostros la preocupación de la vuelta con las manos vacías.

Entraron en el «living» y uno de ellos recogió del suelo el revólver de Chuck. Los inexpresivos rostros se iluminaron al verle encañonado por Tchiang y la Hopkins.

—Bien venidos, camaradas—dijo el hombre—. Encargaos de que este americano resulte irreconocible después de muerto.

Con sencillas palabras, Tchiang había decretado el modo en que debería ser eliminado. Destrozado a golpes de culata, separados los miembros de su cuerpo y desfigurado su rostro.

No pudo reprimir un escalofrío.

Los chinos atravesaron la estancia hacia donde él estaba. Sólo tardaron unos segundos en tomarle de los brazos y arrancarle del sofá.

Cuando le sacaban de la habitación, la voz sarcástica de Tchiang llegó a sus oídos.

—Antes de morir, quiero que sepa que el precio de los microfilms, los cien mil dólares facilitados por su Gobierno, serán ingresados en las arcas de la China popular. Así contribuirán ustedes al futuro engrandecimiento de nuestra patria.

Chuck quiso responder algo, pero un empujón le obligó a callar el insulto que tenía a flor de labios.

CAPITULO IX

CHUCK Drayton fue sacado a empujones por media docena de enfurecidos chinos, que estaban deseosos de hacerle pagar la muerte de tres de sus compañeros.

Le llevaron detrás del «Land Rover» y formaron un corro a su alrededor, con las pistolas dispuestas a abatirse sobre él y descargar sobre su cuerpo y rostro un golpe detrás de otro.

Pero Chuck estaba dispuesto a vender cara su vida.

Aunque ello no fuera más que dilatar en algunos minutos su muerte.

Los amarillos daban vueltas alrededor de él, lentamente, esperando verle distraerse para atacar.

Y él no podía ver más que a los tres que tenía delante. Los demás estaban fuera del alcance de su vista.

Y si se volvía...

Si se volvía era igual, sólo que al contrario.

Sintió un empujón en la espalda y se vio impulsado al frente. El que estaba más próximo le soltó un culatazo, pero por suerte tuvo tiempo de esquivarlo.

Ese fue el momento que aprovecharon para caer sobre él.

Sin embargo, una voz autoritaria que venía de la casa les obligó a detenerse, cuando todo parecía terminado para el «G-man».

Era la voz de Ralph Tchiang.

—¡Traed a ese hombre!—exclamó.

Los chinos le volvieron a tomar de los brazos y le llevaron al interior.

Tchiang y la Hopkins debían haber hablado sobre él.

—La señorita Hopkins ha sido una de las artífices de su captura y desea para usted una muerte más lenta. Será encerrado en un armario empotrado y dejado allí hasta que la última gota de aire escape de sus pulmones.

La Hopkins le miraba sonriendo.

—Es usted muy amable, bruja—masculló Chuck.

—No debe darme las gracias, amigo. Esto es por el beso que me dio en la habitación del hotel, perro yanqui.

Tchiang rió sin poderse contener.

—Es usted toda una mujer, camarada.

Lo metieron a empellones en un armario ropero y dieron la vuelta a la llave, que guardó Samantha Hopkins.

—Me marchó en el «Land Rover» hacia el embarcadero, camarada—dijo Tchiang—. La veré a usted en Hong Kong antes de partir para Pekín. Espero que haga desaparecer el cadáver del federal. Yo no tengo tiempo de esperar a que dé usted por finalizada su venganza.

—Envíeme el coche, camarada—repuso ella.

—Naturalmente. El hombre que me acompañe volverá dentro de un cuarto de hora.

El político salió con su brevísima escolta y Samantha escuchó el ruido del motor partiendo de la casa.

Entonces, su actitud cambió totalmente, convirtiéndose en una actitud enteramente absurda.

Dio unas órdenes en chino a los pistoleros y éstos se distribuyeron por el exterior de la casa, guardando las inmediaciones. Se aseguró de que los amarillos estuvieran bien alejados del lugar donde estaba el «G-man» y sacó la llave del armario ropero donde había sido metido.

Hurgó en la cerradura y abrió, encontrándose con un rostro bañado en sudor que la miraba con la misma estupefacción con que Alicia miró al Conejo del Reloj en el País de las Maravillas.

—Creí que ese hombre no se iba nunca—dijo.

No fue suficiente para que Chuck se repusiera de la sorpresa.

—¿Piensa seguir ahí dentro?—le preguntó Samantha.

—¿Q-quiere de-decirme quién di-diablos...?

—¿Quién soy...? Samantha Hopkins, ya lo oyó. Chuck había aspirado una bocanada de aire fresco, sus pulmones habían tomado una provisión completa de vida en forma gaseosa y ahora veía claro. Todo lo claro que se puede ver cuando la realidad es más absurda que lo incongruente.

Parpadeó y miró a la chica que tenía delante. Era la misma que

había ocupado el número 24 del hotel Mayfair, en Hong Kong. Era la misma que le había preparado una encerrona en aquella isla de Stonecumter. Era la misma que había colaborado con Tchiang a tenderle la segunda emboscada. Era la misma que había escogido para él aquella muerte lenta y despiadada, consistente en morir por asfixia.

Era la misma...

Era la misma que le había salvado sólo hacía unos minutos de morir a culatazos.

Era la misma que le abría ahora la puerta, evitándole morir por falta de oxígeno.

¡Oh, Dios...! Aquello era un rompecabezas.

—¿Quién...? —tartamudeó.

Samantha se acercó a él, todo lo próximo que puede acercarse una mujer a un hombre, hasta rozar su cuerpo con varios puntos de su anatomía.

Su rubio y perfumado cabello rozó la mejilla masculina y los rojos labios de la chica se posaron en los suyos, apretando tan fuerte que dejó a Chuck unos segundos sin respiración.

Luego los separó y dijo:

—Esto es en desagravio...

—¿En desagravio?

—Sí, por lo que dije antes sobre usted y su comportamiento en la habitación del hotel.

—Puede repetirlo, encanto..., y así la perdonaré del todo.

—Menos bromas, Chuck. Esto está rodeado de limones y pronto se armará una buena. En cuanto Tchiang esté de vuelta.

—¿De vuelta...? Creí que se marchaba y que se vería con usted en Hong Kong.

—Eso es lo que acordamos..., pero cuando se dé cuenta de la faena que le he hecho, caerá rápidamente en la cuenta.

—¿Qué caerá en la cuenta...? ¿Quiere decirme de una maldita vez qué ocurre aquí? ¿Para quién trabaja usted? ¿Qué diablos es todo esto?

Ella sonrió, angelicalmente, demasiado angelicalmente para lo que Chuck Drayton podía aguantar. Le entraron deseos de besarla otra vez. Pero la situación seguía siendo absurda: él metido en aquel armario abierto y ella en actitud de estar escogiendo un abrigo para

salir a la calle.

—No Hay tiempo para explicaciones ahora, Chuck. Salga de ahí de una vez, por Dios...

El federal salió del armario ropero.

Samantha sacó de un bolsillo un pequeño envoltorio enrollado.

Se lo mostró.

—¿Sabe qué es esto...?

—La Declaración de Independencia de los Estados Unidos—
repuso él.

—¿Por qué dice una cosa tan absurda?

—Es lo propio en las actuales circunstancias, encanto.

—Tiene razón: todo es aparentemente absurdo. Pero tiene su explicación. Estos son los microfilms...

—¿Los qué...?

—Sí; por eso estoy tan segura de que Tchiang volverá de un momento a otro. En cuanto se dé cuenta de que le sustraje las películas. Se pondrá a pensar y llegará a la conclusión de que no pudo ser más que yo la autora del robo. Luego se pondrá a atar cabos y se preguntará por qué le salvé la vida.

—También yo me lo pregunto.

—¿Quiere saber por qué le salvé la vida, «G-man»?

—Sí.

—No soy inglesa... Soy americana.

—¿Patriotismo...?

—Nada de eso. Somos colegas. Pertenezco a la CIA.

—No.

—Sí.

—Pero...

—¿Qué...?

—Ustedes no tenían nada que ver en este asunto de los microfilms. Fue un encargo del Pentágono al F.B.I.

—Correcto.

—¿Entonces...?

—Nuestros caminos se cruzaron, federal. Yo llevaba tiempo detrás de Ralph Tchiang y había logrado introducirme entre su camarilla, hasta el punto de hacerme con toda la confianza de él y sus esbirros.

—Eso ya he podido comprobarlo—repuso irónico Chuck.

—Cuando ocurrió lo de Woodrow y la Crawford, el asunto se complicó tanto que él en persona decidió tomar cartas en el asunto, confiándome a mí una parte importantísima del «affaire».

—Comprendo. Se vio mezclada en esto contra su voluntad y la de la CIA.

—Eso es. Yo no podía decir que no a Tchiang. Se suponía que era mi jefe.

—¿Y luego...?

—Tuve que fingir con todo el mundo, incluso con usted. Pero de eso a permitir que usted fuera asesinado media un abismo.

—Gracias, encanto.

—¿Otra pregunta...?

—Sí. ¿Ha desbaratado todos sus planes sólo por mí...?

—No, no se haga ilusiones. Creo que es un momento inmejorable para acabar con ese sucio Tchiang, ahora que está fuera de su país y sin protección casi. No olvide que está en Hong Kong de incógnito.

—No lo olvido. ¿De modo que piensa utilizarme como fuerza de choque...?

—Me debe ese favor.

—O. K. ¿Con qué pretende que haga frente a Tchiang y a los limones?

—Acompáñeme —repuso.

Le cogió de la mano y le llevó escaleras arriba. Entraron en una habitación y abrió un mueble, una especie de arcón chino.

Estaba completamente vacío, si se exceptuaba un moderno modelo de ametralladora Thompson, con un peine completo en la recámara.

—¿De dónde sacó ese juguete, encanto? —preguntó maravillado.

—Secreto profesional, «G-man».

La tomó con el mismo amoroso cuidado con que una madre recibe a su primer bebé.

—Ahora verán esos cerdos —exclamó.

—Quería oírle decir eso —dijo ella.

—Un momento —repuso antes de salir al pasillo.

—¿Qué ocurre?

—Esto.

Le dio un beso en los labios.

—Esto es aprovecharse del momento, Chuck.

—Me traerá suerte, estoy seguro.

CAPITULO X

CUANDO Chuck Drayton y Samantha Hopkins llegaban al vestíbulo, el ronco rugido del motor del Land Rover se dejaba sentir en el exterior, y un murmullo de exclamaciones en chino atronaba el aire.

—Ahí está ese cerdo—dijo Chuck.

—Cuidado—susurró ella.

—No temas por mí, encanto. Reza por ellos. Sé manejar un «Ukelele» de éstos.

Salió fuera, con la Thompson preparada en posición de tiro.

Samantha escuchó una fracción de segundo después el tableteo de la metralleta y los gritos contundidos de los pistoleros.

El coche dio un frenazo estridente y los cristales del parabrisas saltaron hechos añicos.

El pánico cundió, al ver a aquel loco sudando y envuelto en la nube de humo que producía el arma en sus manos.

Los cartuchos saltaban en todas direcciones, cada vez que una ráfaga salía hacia el blanco. Alrededor de él, los cartuchos inservibles se amontonaban.

Los chinos huyeron despavoridos, escondiéndose donde podían. Sólo dos lo lograron.

El conductor del coche quedó doblado sobre el volante, con la cara destrozada por varios impactos en línea recta.

Ralph Tchiang había conseguido salir sano y salvo por el lado posterior, corriendo a esconderse en la espesura.

Tres cadáveres yacían en el claro delante de la casa.

Aún le quedaban municiones en el peine de la Thompson. Salió del abrigo que suponía la puerta de la casa y corrió hacia el sitio en que habían desaparecido los dos chinos. Estaba dispuesto a acabar con todos ellos. La imagen de los seis alrededor de él, esgrimiendo cobardemente las culatas para machacarle como a un reptil, no se

borraba un momento de su mente.

Brotaron dos disparos de detrás de la maleza y notó la ausencia de aire cerca de su rostro, producida por la trayectoria de las balas.

Sin dejar de correr, Chuck Drayton disparó, apretando el gatillo sin levantar el dedo.

Una ráfaga de plomo caliente y amarillo partió en la dirección en que sus ojos miraban, y dos cuerpos surgieron de entre las hojas, para caer sin vida delante de él, a sólo diez o doce pasos.

Sólo quedaba Ralph Tchiang.

Y sabía por dónde se había metido.

Tiró la Thompson a un lado, cogió uno de los revólveres que había en el suelo, a poca distancia de su dueño muerto, y se metió en el bosque en busca de la pieza mayor en aquella caza del hombre que ellos mismos habían iniciado.

Se guió por su instinto y recordó, como si las hubiera oído el día anterior, las enseñanzas de sus profesores en la Academia de Quántico sobre la especialidad.

Era preciso no perder la calma y tener todos los sentidos puestos en el rastreo de huellas.

Cualquier ruido debía ser captado e interpretado: distancia, origen e intensidad.

Una rama rota o una porción de tierra hollada.

Una respiración nerviosa, cansada, al acecho.

Esos y otros muchos detalles tenían que ser recordados fielmente por un «G-man» cuando su misión lo requiriera.

Chuck Drayton se serenó. Tenía que actuar con sangre fría, pues su enemigo era astuto e intentaría salirse con la suya.

Tenía que reconocer que estaba desorientado. Había tomado la senda que él creía que Tchiang había tomado, pero o el euro chino era hábil como una serpiente o él estaba perdiendo facultades.

Había otra posibilidad en aquel caso absurdo. Que el tipo hubiera salido volando.

¿Por qué no iban a nacerle alas al fugitivo?

De pronto se quedó petrificado por su propio pensamiento.

Volar.

Alas.

Claro...

Fue algo así como una revelación. Sus ojos se elevaron a lo alto,

sin saber exactamente por qué.

Vio a Ralph Tchiang subido a un árbol, apuntándole cuidadosamente.

Una detonación.

Pero sus reflejos le salvaron.

Se tiró en plancha al suelo, y a sólo dos pulgadas de su zapato la tierra se levantó.

Rodó sobre sí mismo, disparando al mismo tiempo.

Enseñanzas de Quántico, también.

No necesitó seguir haciéndolo, pues ya el astuto comunista comenzaba a mostrar una actitud extraña. Sus dedos parecían agarrotarse, al pretender retener la pistola.

En no más de tres segundos, la estabilidad de Tchiang quedó rota.

Tropezó en la misma rama que le servía de soporte, dejó caer el arma y sus piernas se doblaron hacia un lado, dando con todo el cuerpo un salto en el aire, que sólo se detuvo con el golpe consiguiente en el duro suelo.

Tchiang estaba boca abajo, con las manos agarrotadas y los pies abiertos, como los de un muñeco.

Aquella era la postura de la muerte.

La misma muerte que ellos hubieran querido para él.

Chuck Drayton sintió repugnancia. Dio media vuelta y se dirigió hacia la casa, sosteniendo en su mano la pistola que no le pertenecía, que había tomado prestada.

Samantha estaba en la puerta. Había seguido todos los movimientos del federal y estaba angustiada al final de la lucha.

Chuck vio el brillo en sus ojos al verle acercarse.

—¿Por qué abandonaste la metralleta? Te hubiera sido más fácil decidir la lucha a tu favor utilizándola.

Le estaba tuteando.

—No me gusta hacer las cosas fácilmente, encanto. Sobre todo si tú me observas.

Llegó a la altura de ella y arrojó la inservible pistola al suelo, sonando secamente al chocar con la madera.

Rodeó con sus brazos la cintura de la chica y puso sus labios en la mejilla arrebolada por el susto y la inquietud. El sudor se mezcló con la transpiración de ella, y durante unos minutos se besaron, sin

pensar en otra cosa.

* * *

Chuck Drayton subió la vieja y desgastada escalera que le conducía al extraño lugar que tenía alquilado en el tope de una destartada casa del barrio indígena.

Abrió el candado y penetró en la oscuridad interior como tantas veces antes había hecho. Atravesó el pequeño espacio y entró en la otra habitación, de techo inclinado.

Tocó el interior del mueble adosado a la pared y se introdujo por el hueco que quedó libre.

Encendió la luz.

Escribió en un papel durante unos minutos y luego transcribió el texto de acuerdo con la clave del servicio.

La operación le llevó cerca de media hora.

Por fin, se puso los auriculares y buscó comunicación.

Cuando recibió la señal para hablar, el «G-man» transmitió el mensaje que había preparado, dando cuenta de la posesión de los microfilms, la recuperación de los cien mil dólares y la eliminación de un sujeto peligroso y altamente influyente en la China de Mao Tse Tung.

Repitió el mensaje por segunda vez, como era su costumbre.

Escuchó en clave:

—Recibido.

Y se levantó, dejando los auriculares colgados a un lado de la emisora.

Fue cerrando puertas y luces a su paso y volvió a descender las destartadas escaleras.

Salió a la calle y se disponía a recorrer la calleja cuando algo insólito le hizo mover la cabeza y parpadear.

Una exquisita mujer le esperaba en el quicio de la puerta de enfrente.

Una muchacha deliciosamente vestida, que desentonaba con el ambiente igual que el caviar servido en un plato de hojalata.

Samantha Hopkins...

¿Quién si no...?

—¿De dónde sale, Chuck?

—De ahí.

—Ya lo veo. ¿Qué hay ahí?

—Secreto profesional, encanto.

—¿Desde ahí se comunica con su enlace?

—¿Quiere que la invite a cenar en algún sitio lujoso?

—He descubierto su guarida.

—Esta noche, el F.B.I. corre con todos los gastos, encanto.

—¿Por qué lo hace?

—Para que no nos pase la factura por sus servicios.

—¿Sólo por eso?

No le fue posible contestar.

Cuando se besa es imposible que dos bocas profieran cualquier respuesta, cualquier pregunta.

Luego se fueron en busca del Austin que esperaba en otra calle más amplia.

—Me voy a los Estados Unidos—dijo ella—. Después de lo ocurrido, mi presencia aquí es innecesaria..., y peligrosa.

—A mí también me reclaman de Washington. Green que mi estancia en Hong Kong ya ha durado demasiado.

—¿Es eso cierto...? Podríamos hacer el viaje juntos.

—¿Por qué no...?

Desde donde estaban podía verse la bahía, allá abajo, salpicadas sus aguas de sampanes, juncos y embarcaciones de vela.

Echarían todo aquello de menos.

Por eso, aquella noche debería ser inolvidable para ambos.

FIN